

MARK EDELE

ESTALINISMO EN GUERRA 1937-1949



DESPERTA FERRO



EDICIONES

**ESTALINISMO
EN GUERRA
1937-1949**

DESPERTA FERRO



EDICIONES

MARK EDELE
ESTALINISMO
EN GUERRA
1937-1949

Prefacio del autor a esta edición

DESPERTA FERRO

EDICIONES



Estalinismo en guerra
Edele, Mark
Estalinismo en guerra / Edele, Mark [traducción de Javier Romero Muñoz].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2022. – 304 p. ; 23,5 cm – (Segunda Guerra Mundial) – 1.ª ed.
D.L.: M-17318-2022
ISBN: 978-84-124830-2-4
94(47)
355.48 "1937/1949"

ESTALINISMO EN GUERRA

1937-1949

Mark Edele

Título original:

Stalinism at war

by Mark Edele

This translation of Stalinism at War: The Soviet Union at II World War, First Edition is published by arrangement with Bloomsbury Publishing Plc.

Esta traducción de *Estalinismo en guerra* se publica según el acuerdo con Bloomsbury Publishing Plc.

© Mark Edele, 2021

ISBN: 978-1-3501-5351-6

© de esta edición:

Estalinismo en guerra

Desperta Ferro Ediciones SLNE

Paseo del Prado, 12, 1.º dcha. 28014 Madrid

www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 978-84-124830-2-4

D.L.: M-17318-2022

Traducción: Javier Romero Muñoz

Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández

Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Cartografía original revisada: Desperta Ferro/Jesús Jiménez y Javier Veramendi

Todas las imágenes del libro son de dominio público.

Primera edición: septiembre 2022

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2022 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Advantia Comunicación

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

A mis compañeros de
burbuja por el Covid-19:
Debra, Anna y Chino.

DESPERTA FERRO



EDICIONES

Índice

Agradecimientos	IX
Prefacio a esta edición	XIII
Introducción: <i>El estalinismo en guerra, 1937-1949</i>	XIX
CAPÍTULO 1	
Preparativos bélicos	1
CAPÍTULO 2	
El inicio de la guerra en oriente, 1937-1939	21
CAPÍTULO 3	
La guerra en el oeste, 1939-1940	47
CAPÍTULO 4	
Armagedón, 1941-1942	79
CAPÍTULO 5	
Recuperación, 1941-1942	105
CAPÍTULO 6	
Triunfo, 1943-1945	131
CAPÍTULO 7	
Guerra de ideologías	155
CAPÍTULO 8	
La guerra después de la guerra, 1944-1949	175

CAPÍTULO 9

Impacto y consecuencias	203
Apéndice. Mapas	227
Bibliografía	237
Índice analítico	265

DESPERTA FERRO



EDICIONES

Agradecimientos

Empecé a trabajar en el presente libro en el oeste de Australia, hace más de una década. Lo terminé en 2020 en Melbourne, después de un tiempo de viajes de investigación, durante un año apocalíptico de incendios forestales sin precedentes y una pandemia global. La crisis del Covid-19 estuvo a punto de hacer que este proyecto descarrilara; primero, porque durante la emergencia se incrementaron mis labores de burócrata y de profesor universitario y, cuando pude volver a dedicar al menos parte de mi atención al nuevo proyecto, viajar era imposible y no tenía acceso a los volúmenes de mi despacho en la universidad y de la biblioteca universitaria, los cuales conforman buena parte de mi biblioteca profesional. El confinamiento supuso una gran carga emocional para todos los que tuvieron que soportarlo. Tener que dar clases desde casa nos volvía a todos locos y cuanto más tiempo pasábamos encerrados, mayor era nuestra claustrofobia.

Así, me inspiré en el ejemplo de los estudiosos soviéticos de la Segunda Guerra Mundial, que durante el sitio de Leningrado continuaron produciendo textos académicos; algunos llegaron incluso a caer muertos de inanición sobre sus manuscritos. Comparado con su sufrimiento y heroísmo, el «arresto domiciliario» colectivo de los habitantes de Melbourne para ralentizar la propagación del virus mortífero me parecía un lujo indudable. En última instancia, la crisis ha enflaquecido mis notas, algo que los colegas cuyo trabajo he omitido no me perdonarán jamás, aunque la mayoría de lectores agradecerá unas notas más breves.

Nuestro pequeño colectivo –mi esposa Debra McDougall, nuestra hija Anna Edele y Chino, nuestro fiero labrador– nos dimos apoyo mutuo durante las semanas de la cuarta fase de restricciones. Es por ello que quiero dedicarles este libro a los tres. Sin su respaldo, dudo que hubiera podido aguantar sin enloquecer las semanas finales de trabajo.

El grueso de la investigación y redacción del presente libro fue financiado por una generosa beca de cuatro años del Australian Research Council Future Fellowship (2015-2019, FT140101100). Sin embargo, este libro asienta sus cimientos en dos décadas de lecturas, reflexiones y escritos acerca

de la guerra que se iniciaron en 1999, el año que publiqué mi primer artículo. Desde entonces, una serie de pequeñas becas me han permitido emprender estudios preliminares que, de muchas maneras, han culminado en este volumen: un proyecto de estudios del Australian Research Council Discovery Project (DP130101215; 2013-2015), una concesión para el desarrollo de investigación de la University of Western Australia en 2010; y una beca de desplazamientos para el personal de la escuela de humanidades de la University of Western Australia en 2011.

En el transcurso de los años me he beneficiado de la colaboración de un grupo de académicos de increíble talento, entre ellos Iva Glisic, Oleg Beyda y Rustam Alexander. Natalie Belsky tuvo la generosidad de compartir sus notas de investigación, las cuales me resultaron de gran utilidad para orientarme entre las transcripciones de entrevistas de la New York Public Library. Sandra Wilson ha respondido todos estos años mis preguntas acerca de Japón y Neil Diamant fue un interlocutor imprescindible en relación con la historia china. Alan Barenberg me asesoró acerca del ferrocarril del Pechora septentrional. El congreso celebrado en París en 2011 en torno a la Unión Soviética durante la Segunda Guerra Mundial me influyó profundamente: en particular, las conversaciones con Urufu-san (también conocido como David Wolff), Mie Nakachi, Tsuyoshi Hasegawa, David Holloway, Alexander Statiev, Terry Martin, Lennart Samuelson y Amir Weiner me acompañaron durante la década siguiente.* En Kyiv, Iurii Shapoval fue un compañero y apoyo esencial. En Melbourne, mi colaboración con Filip Slaveski definió mis puntos de vista en cuanto a los orígenes de la oleada criminal de posguerra. Oleg Beyda, David Goodman y Brandon Schechter leyeron el penúltimo borrador del original. Sus comentarios, críticas y observaciones fueron de inmensa ayuda para la revisión final.

Presenté un primer borrador con parte del Capítulo 1, con el título «Was the Soviet Union Prepared to Fight the Second World War?», en la conferencia «Preparing for War, 1914-1945», celebrada en la Murdoch University los días 17 y 18 de junio de 2013. Un párrafo de esta conferencia fue incluido en mi reseña del libro de Alexander Statiev acerca de la guerra de montaña, publicada en *European History Quarterly* 49, n.º 3 (2019), págs. 536-537, y algunos fragmentos de la sección en torno a Stalingrado (Capítulo 5) vieron la luz en una reseña de la historia en tres volúmenes de David Glantz de dicha batalla, reseña publicada en *New Zealand Slavonic Journal* 45 (2011), págs. 181-183. También se han publicado ya partes de algunos capítulos. Estas fueron versiones primeras, con notas más prolijas, *vid.*: «What Are We Fighting For?» Loyalty in the Soviet War Effort, 1941-1945». *International Labor and Working-Class History* 84, otoño

* N. del A.: Versiones revisadas de algunos de estos artículos aparecieron en *Cahiers du monde Russe* 52, n.º 2/3 (2011).

(2013), págs. 248-268; *Kritika: Explorations in Russian and Eurasian History* 15, n.º 4 (2014), págs. 829-835; «The Soviet Culture of Victory», *Journal of Contemporary History* 54, n.º 4 (2019), págs. 780-798; «Who Won the Second World War and Why Should You Care? Reassessing Stalin's War 75 Years after Victory», *Journal of Strategic Studies* 43, n.º 6-7 (2020), págs. 1039-1062, publicado en línea en 2019. Agradezco a todos los editores que me autoricen a emplear estos materiales en el presente libro.

Un apunte en relación con la terminología. En la Unión Soviética abundaban los acrónimos, hasta el punto de que dejan en ridículo incluso a las universidades australianas. He tratado de evitarlos todo lo posible. Los órganos de seguridad soviéticos, o policía secreta, plantean un problema especial para el autor que aspire a no inundar sus textos con una sucesión de letras mayúsculas. La policía secreta, nacida en 1917 como Cheká, se convirtió en 1922 en la GPU bajo supervisión del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (NKVD); más tarde fue renombrada OGPU en 1923 y en 1934 pasó a ser la GUGB, subordinada al NKVD. En 1941, los servicios de seguridad fueron divididos entre NKVD y NKGB, luego reunidos ese mismo año, pero separados de nuevo en 1943 y renombrados «ministerios» (MVD, MGB) en 1946. Durante la guerra con Alemania, el Ejército Rojo contaba con su propia policía, la cual acabó por unificarse en un organismo de temible nombre, «Muerte a los Espías» (SMERSh). Así pues, para no confundir al lector he evitado estos variables acrónimos siempre que ha sido posible. En su lugar, he empleado los términos «fuerzas de seguridad», «servicios de seguridad» o «policía». Este último término puede hacer referencia a la «milicia» regular y, en ocasiones, empleo el término informal «chekista», con el que tanto propios como adversarios se referían a un miembro de la policía secreta.

Es posible que los puristas se sientan irritados por el uso de la transliteración más popular de los nombres «Laurenti Beria» en vez de «Lavrentii Beriia», más científico; o mi propensión a emplear el nombre actual de las ciudades ucranianas (Kyiv) en lugar de su, hasta fechas recientes, más común nombre ruso (Kiev). En las notas al pie proporciono los títulos breves de la documentación archivística en inglés, no en ruso o ucraniano transliterado, pero no empleo la transliteración estándar de las publicaciones académicas para así permitir que otros estudiosos puedan localizarlas, si así lo desean.**

** N. del E.: En la traducción al castellano, en cuanto a la toponimia se ha mantenido en la transliteración del ucraniano, como es la intención del autor. En el caso de los personajes, se ha optado por la castellanización habitual. En las notas al pie, se han traducido al castellano los títulos breves de la documentación archivística.

Prefacio a esta edición

El 24 de febrero de 2022, Rusia entró en guerra contra Ucrania. El presidente ruso, Vladímir Vladimírovich Putin, abandonó toda prudencia y tomó una decisión que dejó atónitos incluso a sus más allegados: ordenó una ofensiva en masa contra el país ucraniano, en el cual Rusia llevaba librando una guerra por delegación desde 2014. Las fuerzas rusas avanzaron sobre cuatro ejes: desde el norte hacia Kyiv, por el nordeste en dirección a Járkiv, desde el sudeste hacia Luhansk y Donetsk y en el sur para establecer un puente terrestre entre el Donbás y Crimea (anexionada de forma ilegal en 2014). Mientras escribo este prefacio, la guerra acaba de superar su centésimo día. Aunque Ucrania ha ganado las batallas por Kyiv y Járkiv, los combates continúan en el sur y en el este del país. Rusia ocupa en este momento el 20 por ciento de Ucrania, aunque a un coste terrible. Han muerto miles de soldados ucranianos y decenas de miles de civiles. Por su parte, las fuerzas armadas rusas han sufrido entre 15 000 y 30 000 bajas mortales. Hasta el momento, han sido destruidos 38 000 edificios residenciales, que han dejado sin hogar a centenares de miles de personas. De los 6,8 millones de ucranianos que han huido al extranjero, 4,6 permanecen fuera del país y 7 millones más han tenido que irse a otras regiones de Ucrania. A muchos ucranianos, el nivel de desplazamiento y destrucción, así como la brutalidad descarnada del ataque y los crímenes de guerra perpetrados por los invasores, les recuerdan la contienda que narra el presente volumen. Casi ocho décadas después de la derrota de la Alemania nazi, Ucrania ha vuelto a convertirse en un gran campo de batalla, si bien esta vez el agresor viene del este.¹

La agresión de Putin tiene varios motivos. El régimen ruso, cada vez más autoritario, se siente amenazado por la cercanía de la dinámica democracia ucraniana, cuya presencia podía animar a la oposición rusa. La invasión es el equivalente de política exterior de la estrategia de «contrarrevolución preventiva» que Putin lleva implementando en Rusia desde hace mucho tiempo.² Las aspiraciones geopolíticas también representaron su papel. El presidente ruso no ha logrado vincular a Ucrania a Rusia y expulsarla de la órbita euro-

pea. Finalmente, se estaba quedando sin tiempo para dejar una impronta duradera en los libros de historia. En 2022, su intento anterior de ser recordado como el presidente que trajo prosperidad y calidad de vida a su gente se ha esfumado entre casos de corrupción y enriquecimiento personal; y qué mejor forma de alcanzar la inmortalidad que reconstruir el imperio ruso y traer a Ucrania de vuelta «a casa».³

Por otra parte, la agresión de Putin también es el resultado de una obsesión malsana con la Segunda Guerra Mundial, tanto en Rusia como en Ucrania. Putin ha dedicado mucho tiempo a reflexionar acerca de la historia de la guerra de la Unión Soviética. Como él mismo escribió en 2020, su familia, al igual que la mayoría de las de la Unión Soviética, padeció inmensos sufrimientos:

La guerra sometió a mis padres a las terribles pruebas del sitio de Leningrado, en el que murió mi hermano Vitia, de dos años de edad. Fue el lugar donde mi madre logró sobrevivir de forma milagrosa. Mi padre, a pesar de estar exento de servicio activo, se presentó voluntario para defender su ciudad natal. Tomó la misma decisión que millones de ciudadanos soviéticos. Combatió en la cabeza de puente de Nevsky Pyatachok, donde cayó herido de gravedad. A medida que pasaban los años, sentía con más urgencia la necesidad de hablar con mis padres y saber más del periodo bélico de su vida.⁴

Este interés personal le llevó a intervenir en varias ocasiones en el debate en torno a la conmemoración de la contienda. El ejecutivo de Putin fomentó el Día de la Victoria (9 de mayo), una celebración cada vez más pomposa de las proezas bélicas de Rusia. Este culto de la «Gran Guerra Patriótica», nombre con el que todavía se sigue denominando en Rusia al conflicto germanosoviético de 1941-1945, tenía un claro propósito político: el orgullo de la victoria soviética era quizá la única cosa en la que todo el mundo estaba de acuerdo en una sociedad desunida en todo lo demás. Mas esta guerra también era una obsesión personal del presidente.⁵ Menos de un mes antes de que los tanques de Putin se lanzasen sobre Ucrania, un periodista ruso bien informado escribió: «Según personas conocedoras de las conversaciones del señor Putin con sus asistentes en los dos últimos años [...] el presidente ha perdido todo interés en el presente: la economía, las cuestiones sociales, la pandemia del coronavirus [...] todo eso le irrita. Por el contrario, está [...] obsesionado con el pasado».⁶

La invasión de Ucrania fue legitimada con un lenguaje y unas analogías sacados de la Segunda Guerra Mundial. Los objetivos oficiales de la «operación militar especial» eran la «desnazificación» y la «desmilitarización» de Ucrania. El presidente parecía haberse autoconvencido de que se enfrentaba a

una creciente amenaza militar de un país gobernado por nazis. En su discurso de celebración del Día de la Victoria, pronunciado en el tercer mes de su propia guerra, Putin explicó su argumento:

En nuestras mismas fronteras crecía sin cesar una amenaza absolutamente inaceptable. Todos los indicios señalaban la inevitabilidad de un choque con los neonazis y los banderistas apoyados por Estados Unidos y sus secuaces.

Permítanme que insista que estábamos presenciando la acumulación de infraestructura militar, cómo centenares de asesores extranjeros iniciaban sus trabajos, y el suministro regular de armamentos de última tecnología desde países de la OTAN. La amenaza aumentaba día tras día.

Rusia lanzó un ataque preventivo contra la agresión. Era la única decisión correcta, obligada y oportuna. La decisión de una nación soberana, fuerte e independiente.⁷

La alusión a los «banderistas» nos lleva al papel de la obsesión ucraniana con la Segunda Guerra Mundial en la génesis de la decisión de Putin de ir a la guerra. Este término se refiere a los miembros de la facción, liderada por Stepán Bandera, de la OUN (*Organizátsiya ukrayínskyj natsionalístiv* [Organización de Nacionalistas Ucranianos]), una entidad ultranacionalista de los años treinta y cuarenta del siglo XX. En su búsqueda de un pasado útil sobre el que construir un sentido positivo de pertenencia nacional, el Gobierno de Ucrania y buena parte de la *intelligentsia* del país adoptaron como ejemplo de liberación nacional la lucha contra alemanes y soviéticos de la OUN y de su ala militar, el UPA (*Ukrayínska Povstánska Armiya* [Ejército Insurgente Ucraniano]). Como se darán cuenta los lectores del Capítulo 8 del presente libro, esta elección fue muy problemática. Es indudable que los ultranacionalistas ucranianos combatieron tanto a germanos como a soviéticos; sin embargo, también mataron a un elevado número de polacos, por no mencionar la liquidación de ucranianos a los que consideraban «traidores». Es más, miembros de la OUN colaboraron con los nazis en la implementación del Holocausto, ya fuera en apoyo de los pelotones de exterminio o como ejecutores de los crímenes. Otros asesinaron judíos por propia iniciativa. De ahí que la conmemoración de estos hombres como luchadores por la libertad y precursores de la Ucrania democrática provocase alarma tanto en los Gobiernos de Rusia, Polonia e Israel como entre numerosos especialistas extranjeros que, por lo demás, simpatizaban con la lucha de Ucrania por su independencia nacional. En Rusia, el presidente no fue el único que se convenció del carácter fascista del régimen de Kyiv. Resulta irónico que, en el momento en que Putin ordenó a sus tropas «desnazificar» Ucrania, el nuevo presidente, Volodímir Zelenski (un patriota ucr-

niano, pero también un judío rusoparlante) había empezado a abandonar el relato hagiográfico de la OUN. Es más, el combate desesperado por la supervivencia de Ucrania como nación independiente reducirá aún más su dependencia de los ultranacionalistas de la Segunda Guerra Mundial como encarnación de la nación. Esta contienda produce a diario héroes ucranianos democráticos, cuyas hazañas podrán ser conmemoradas y celebradas con mucha menos ambivalencia.⁸

Tales sutilezas, no obstante, se le escaparon a un presidente que dedicaba muchas horas de vigilia a reflexiones obsesivas acerca de la Segunda Guerra Mundial. Esta obcecación contribuyó a que Putin decidiera ir a la guerra, pues interpretaba los hechos por medio de analogías con la contienda que traumatizó a sus padres. Los paralelismos eran alarmantes. A pesar de que las pretensiones de Ucrania de unirse a la OTAN (Organización del Tratado del Atlántico Norte) no habían llegado a ninguna parte, su ejército estaba ahora mejor entrenado, equipado y comandado que en 2014, cuando Rusia pudo tomar Crimea sin disparar un tiro. Además, había adquirido una importante experiencia de combate en la guerra del Donbás contra las fuerzas locales apoyadas por los rusos. Si el potencial militar de Ucrania seguía su trayectoria ascendente, ¿acaso no estaría en condiciones de amenazar a Rusia en un futuro próximo? ¿Se enfrentaba Rusia a una situación parecida a la que vivió la Unión Soviética en 1940 y principios de 1941, cuando Alemania se disponía a atacar? ¿Tal vez era ahora el momento de pasar a la ofensiva, tal y como Stalin habría hecho para prevenir la agresión germana?

En su anuncio de la «operación militar especial» del 24 de febrero de 2022, Putin hizo explícita esta asociación. Su discurso demuestra de forma inequívoca que su percepción de la realidad está modelada por «las lecciones de la Segunda Guerra Mundial»:

Sabemos que en 1940 y principios de 1941 la Unión Soviética hizo grandes esfuerzos para prevenir la guerra o al menos retrasar su estallido. Para tal fin, la URSS trató de no provocar al posible agresor hasta el último momento, al abstenerse o posponer los preparativos más urgentes y necesarios que debía tomar para defenderse del ataque inminente. Cuando por fin actuó, era demasiado tarde.

El resultado de esto fue que el país no estaba preparado para responder a la invasión de la Alemania nazi, que atacó a la madre patria el 22 de junio de 1941 sin declaración de guerra. El país detuvo al enemigo y logró derrotarlo, pero a un coste tremendo. El intento de apaciguar al agresor con anterioridad a la Gran Guerra Patriótica fue un error que costó un alto precio a nuestro pueblo. En los primeros meses desde el estallido de las hostilidades,

perdimos vastos territorios de importancia estratégica, así como millones de vidas. No cometeremos el mismo error por segunda vez. No tenemos derecho a hacerlo.⁹

El que esta amenaza fuera una completa fantasía –Ucrania no se disponía a invadir Rusia– no impidió que le pareciera lo bastante real a un líder que vivía cada vez más aislado de sus asesores cercanos mientras leía libros de historia. Su obsesión con la guerra estaba teñida de resentimiento contra el mundo exterior, al que acusaba de no reconocer el papel central del esfuerzo bélico soviético en el desenlace de la Segunda Guerra Mundial. Como escribió el mismo Putin en 2020: «No importa lo que los demás traten de demostrar, la Unión Soviética y el Ejército Rojo hicieron la contribución principal y más crucial a la derrota del nazismo».¹⁰

Tal y como demuestra la presente obra, Putin está en lo cierto al remarcar el rol central de la Unión Soviética en la derrota de la Alemania nazi. Pero se equivoca al inferir que la victoria es la esencia única de la conflagración. Esta tuvo muchas más facetas, algunas de ellas oscuras y nada edificantes. La Unión Soviética no siempre fue la víctima de una agresión exterior; en otras ocasiones, perpetró violencia contra sus propios soldados y civiles y agredió a sus vecinos. La colaboración con el enemigo no fue una especialidad ucraniana: de hecho, los rusos sumaban el mayor número de colaboradores. Combatieron más ucranianos en las filas del Ejército Rojo que en las de OUN-UPA. Tal y como subraya este libro, el concepto de «guerra rusa» supone una flagrante tergiversación del carácter multinacional de esta contienda. La Unión Soviética era un imperio plurinacional y el Ejército Rojo una fuerza de combate formada por múltiples naciones.

Escribí este libro con bastante anterioridad a la invasión rusa de Ucrania de 2022. Finalicé el original en inglés en 2020 y publiqué el volumen en 2021. Es difícil juzgar qué hubiera cambiado de haberlo concluido dos años más tarde. Creo que la guerra presente no habría tenido demasiado impacto, pues es una obra que trata de repensar la Segunda Guerra Mundial soviética desde una perspectiva más global de lo acostumbrado. Como escribí en el último capítulo, «el presente libro es un intento de restablecer, al menos en parte, la complejidad de la historia real de la Segunda Guerra Mundial soviética. Por tanto, rechaza tomar partido en las guerras historiográficas actuales que ponen en peligro las relaciones pacíficas entre las naciones de Eurasia».

Hoy, por supuesto, las relaciones pacíficas entre Rusia y Ucrania han cesado por completo. La obsesión malsana por ciertos detalles de esta contienda, a uno y otro lado de la línea del frente, han contribuido a llegar a este perturbador estado de cosas. En este sentido, el argumento general del libro, es, en todo caso, aún más relevante en estos días que en 2020. Si tuviera que finalizar hoy el libro, es probable que alargase ese último capítulo para

extenderme con mayor detalle acerca del persistente trauma y las obsesiones resultantes por esta guerra en la región de la antigua Unión Soviética.¹¹ Aunque sigo negándome a alinearme con un bando en las guerras historiográficas, ningún demócrata actual puede permanecer neutral en la lucha por la supervivencia de Ucrania contra su neoimperialista y dictatorial vecino.

Mark Edele,
Cracovia y Riga, junio de 2022

NOTAS

- 1 «At 100 Days, Russia-Ukraine War by the Numbers», VOA, 3 de junio de 2022 [<https://www.voanews.com/a/at-100-days-russia-ukraine-war-by-the-numbers/6601899.html>]. Una historia militar detallada y continua de esta guerra está disponible en el Institute for the Study of War [<https://www.understandingwar.org/backgrounder/ukraine-conflict-updates>].
- 2 Horvath, R., 2013.
- 3 Para una demostración de que el desafío democrático a su régimen, no la ampliación de la OTAN, impulsó los movimientos agresivos de Putin en la región, *vid.* Person, R. y McFaul, M., 2022, 18-27. Acerca del sentido de misión de Putin y su preocupación por la historia, *vid.* Hill, F. y Gaddy, C. G., 2013.
- 4 Putin, V., 18 de junio de 2020: «The Real Lessons of the 75th Anniversary of World War II», *The National Interest* [<https://nationalinterest.org/feature/vladimir-putin-real-lessons-75th-anniversary-world-war-ii-162982>].
- 5 Edele, M., 2020b, capítulo 8; Norris, S. M., 2011, 201-229.
- 6 Zygar, M., 10 de marzo de 2022: «How Vladimir Putin lost Interest in the Present», *The New York Times*.
- 7 «Victory Parade on Red Square», [Kremlin.ru], 9 de mayo de 2022 [<http://en.kremlin.ru/events/president/news/68366>].
- 8 Acerca de Bandera: Rossolinski-Liebe, G., 2014. Acerca del papel de la OUN-UPA en el Holocausto, Himka, J.-P., 2021. Para una amplia introducción al acalorado debate en torno a la historia y la memoria de la OUN, incluso si esta organización era o no «fascista», *vid.* las secciones especiales editadas por Andreas Umland y Yulia Yurchak en *Journal of Soviet and Post-Soviet Politics and Society* 3, n.º 2 (2017); 4, n.º 2 (2018); 6, n.º 2 (2020); 7, n.º 1 (2021) y 7, n.º 2 (2021). Para un trasfondo más amplio, aunque ahora algo anticuado, Marples, D. R., 2007.
- 9 «Address by the President of the Russian Federation», [Kremlin.ru], 24 de febrero de 2022 [<http://en.kremlin.ru/events/president/news/67843>].
- 10 Putin, V., *op. cit.*
- 11 En otro lugar, he llamado a esta preocupación «terapia tóxica» para el trauma profundo sufrido: Edele, M., 2022, 321-331.

INTRODUCCIÓN

El estalinismo en guerra, 1937-1949

VICTORIA

Nuestro pueblo soviético no reparó en esfuerzos ni en trabajo en aras de la victoria. Hemos vivido años duros. Pero ahora, cada uno de nosotros puede afirmar: hemos vencido. A partir de este momento podemos considerar que nuestra patria está libre de la invasión germana por el oeste y de la invasión japonesa por el este. La largamente esperada paz para los pueblos del mundo ha llegado [...] ¡Que nuestra patria perdure y prospere!

Fue el día 2 de septiembre de 1945 cuando Iósif Stalin leyó este discurso a su pueblo. «¡Camaradas! —proclamó—, la Segunda Guerra Mundial ha finalizado».¹

El dictador tenía motivos para estar orgulloso. Su Unión Soviética había vencido en la contienda más grande y terrible de la historia de la humanidad. La noche del 8 al 9 de mayo de 1945, Alemania se había rendido. Hitler se había suicidado antes, el 30 de abril, mientras el Ejército Rojo tomaba Berlín al asalto en una batalla increíblemente costosa que se prolongó hasta el 2 de mayo. Una semana más tarde, el 9, finalizó la contienda terrestre más destructiva de la historia.² Cuatro meses después, Japón siguió el ejemplo alemán. Su economía bélica había colapsado, la armada y fuerza aérea apenas podían operar, desmanteladas por la supremacía estadounidense por aire y mar, y el país había sido sometido a un constante ataque aéreo desde junio de 1944. El 6 de agosto, la Fuerza Aérea estadounidense descargó sobre Hiroshima una nueva y terrorífica arma. El 9 de agosto, las unidades soviéticas se lanzaron en tromba sobre Manchuria. Ese mismo día, los norteamericanos descargaron su segunda bomba atómica, esta vez sobre Nagasaki. El Gobierno de Japón, ante esta embestida simultánea desde todas direcciones, tiró la toalla. El 15 de agosto, el emperador anunció la rendición; el 2 de septiembre, el ministro de Exteriores firmó el documento oficial; la Segunda Guerra Mundial había terminado por fin.³

La Unión Soviética era un componente esencial de la alianza victoriosa. Si bien en el Pacífico o en África los principales combatientes fueron el Imperio británico y Estados Unidos, en Europa la guerra fue ganada sobre todo por el Ejército Rojo. Las fuerzas soviéticas se enfrentaron al mayor número de tropas germanas y mataron más alemanes que cualquier otro país. Los soldados de Stalin también fueron los que destruyeron o capturaron mayores cantidades de equipos militares germanos.⁴

Los soviéticos pagaron un alto precio por su victoria sobre el nacional-socialismo: 27 millones de muertes relacionadas con la contienda, esto es, un 12 por ciento de la población prebélica. Según una comisión gubernamental para el estudio de la devastación, más de 1710 pueblos y ciudades habían sido destruidos y unas 70 000 aldeas quemadas y bombardeadas. La destrucción afectó a más de 6 millones de edificios, unas 32 000 empresas industriales y 98 000 granjas colectivas. Millones quedaron sin hogar y muchos millones más mutilados y enfermos, traumatizados por años de miseria y horror sin fin. Para empeorar aún más el panorama, poco después del discurso triunfal de Stalin una terrible hambruna asoló a la población debilitada por la guerra, que acabó con entre 1 y 1,5 millones de personas en 1946-1947. Se continuó combatiendo en los territorios fronterizos recién adquiridos en Ucrania occidental, Bielorrusia occidental y las tres repúblicas bálticas de Estonia, Letonia y Lituania. En estas regiones, que los soviéticos habían tomado durante los primeros compases de la guerra europea, las tropas soviéticas se enfrentaron a guerrillas nacionalistas que resistían la soviétización de su país. Aquí la pacificación no llegó hasta después de una nueva y brutal serie de deportaciones, en 1949, que roturó el terreno en el que arraigaba la insurgencia.⁵

INICIOS ASIÁTICOS

Por tanto, en ciertos confines del imperio estalinista, la Segunda Guerra Mundial soviética fue considerablemente más larga de lo que se suele estimar. La memoria soviética, y más tarde la rusa, puso el foco en la contienda con Alemania, la «Gran Guerra Patriótica» que es como aún se denomina en Rusia. Esta guerra se inició el 22 de junio de 1941, con el ataque germano, y finalizó el 8-9 de mayo de 1945, con la rendición de Alemania. Lo ocurrido antes y después fue, en todo caso, una precuela y un epílogo de la verdadera guerra.⁶

Nada más lejos de la experiencia vivida por Ten San Din y su familia. En el otoño de 1937, Ten San, estudiante de 19 años de edad de Vladivostok, fue deportado al Asia Central soviética. No había hecho nada para merecer tal suerte: solo había sido incluido en la primera deportación de un grupo étnico al completo. Se trataba de los coreanos soviéticos, sacados de las regiones fronterizas del Lejano Oriente soviético y arrojados a las estepas y pueblos de Kazajistán. El 29 de octubre de 1937 la operación había finalizado casi por completo. Un total de 171 781 coreanos, según el reporte del jefe de la poli-

cía de Stalin, habían sido metidos en vagones de ganado. Tan solo quedaban 700, cuya remesa corrió la misma suerte antes del 1 de noviembre.⁷

Esta deportación era una reacción al estallido bélico en China en julio de 1937, que Stalin esperaba aprovechar. Japón ambicionaba las tierras soviéticas desde hacía mucho tiempo y Stalin lo sabía. Pero este calculó que los imperialistas orientales no atacarían a los soviéticos mientras estuvieran ocupados en China. De este modo, en agosto de 1937, el Gobierno soviético firmó el tratado de no agresión mutua con China, con el que esperaba que el gabinete nacionalista chino bloquease a Japón, para impedirle así que amenazara el flanco oriental soviético. Pero, si aun así Tokio decidía atacar, los soviéticos estarían preparados. De ahí la deportación de los coreanos, a los que Stalin consideraba una quinta columna en potencia, enemigos interiores que podrían apoyar a los invasores nipones. Estas dos decisiones estaban relacionadas: las dos fueron tomadas el mismo día, el 21 de agosto de 1937.⁸

La Segunda Guerra Mundial de Ten San Din fue íntegramente asiática. Deportado a causa del inicio de la guerra en China, sus repetidos intentos de alistarse en el ejército fueron rechazados. En 1945 fue movilizado y participó en una rápida operación en Corea, durante el asalto soviético contra el Imperio japonés del verano de 1945. Petr Fedórovich Katasónov nos proporciona otra visión correctiva del enfoque eurocéntrico del esfuerzo bélico soviético. Nacido en 1914, sirvió en la contienda fronteriza soviético-nipona de 1938-1939 y participó en 1939 en la batalla de Jaljin Gol como servidor de una ametralladora. Una vez finalizada la contienda, fue desmovilizado y trabajó en una granja colectiva en la República autónoma buriato-mongola, en el sur de la Unión Soviética. Tras el embate alemán del 22 de junio de 1941, volvió a ser movilizado por el ejército, aunque no le enviaron a combatir a los invasores. En lugar de ello, sirvió en la línea divisoria con Manchuria. «En 1941-1942 –recordó–, había provocaciones constantes en la frontera. Ayudábamos a las fuerzas fronterizas a capturar todo tipo de espías y saboteadores». Cuando la guerra en el Pacífico se activó, la línea fronteriza se calmó, hasta el 9 de agosto de 1945, cuando «pasamos a la ofensiva contra Manchuria». Katasónov combatió contra las fuerzas japonesas en descomposición en el norte de China, custodió prisioneros de guerra y fue desmovilizado poco después de la capitulación de Japón. Su guerra, al igual que la de Ten San Din, fue un asunto exclusivamente asiático.⁹

Tales experiencias bélicas contradicen algunas de las suposiciones más arraigadas acerca de la Segunda Guerra Mundial en general y en torno a la Segunda Guerra Mundial soviética en particular. Los historiadores europeos no suelen empezar el relato de esta guerra ni en Asia ni en 1937, sino en Polonia el 1 de septiembre de 1939; los rusos suelen iniciar su «Gran Guerra Patriótica» en junio de 1941 con la invasión germana; y, desde la perspectiva norteamericana, la Segunda Guerra Mundial no empezó hasta diciembre de ese año, con la entrada de Estados Unidos en la contienda tras el ataque a

Pearl Harbor. Por el contrario, los historiadores japoneses hacen retroceder el inicio de lo que denominan «la Guerra de los 15 Años» hasta la invasión de Manchuria de 1931; los historiadores en lengua inglesa han ignorado el teatro asiático, quizá porque pocos hombres blancos combatieron allí y quizá porque el derramamiento de sangre en el Pacífico preocupaba a la opinión pública estadounidense mucho más que la extraña contienda que se libraba en una tierra muy lejana, o puede que porque la enormidad del conflicto europeo, el frente germano-soviético, y, en particular, el Holocausto judío que relegó a las sombras todo lo demás.¹⁰

UNA GUERRA EUROASIÁTICA

El presente libro opta por seguir el ejemplo de trabajos recientes que amplían los confines de la Segunda Guerra Mundial para abarcar de ese modo no solo la experiencia europea o la norteamericana, sino también la asiática. La guerra soviética, como ya hemos visto en los recuerdos de los dos veteranos y en el discurso de Stalin, no fue una cuestión europea en exclusiva. Fue una conflagración euroasiática librada por igual en el frente oriental de la Unión Soviética en Asia y en sus confines europeos. Y fue una guerra imbricada en un conflicto más amplio y global, que, a su vez, constituía una amalgama de varias confrontaciones armadas.¹¹

La Segunda Guerra Mundial se componía de cinco guerras diferenciadas: una terrestre asiática, que empezó en 1937 con el estallido del conflicto sino-nipón; una europea, iniciada con el ataque de Hitler contra Polonia en 1939; una norteafricana librada desde 1940 a 1943; el conflicto germano-soviético, desde el verano de 1941; y la guerra del Pacífico, que se desencadenó con el bombardeo de Pearl Harbor en diciembre de ese mismo año. Fue a finales de 1941 cuando todas estas escaladas bélicas individuales quedaron unidas en una misma conflagración global.¹²

La participación soviética en la Segunda Guerra Mundial dio inicio en 1937 con su intervención en la contienda asiática, una guerra defensiva en oriente. Stalin proporcionó ayuda a China y emprendió una limpieza étnica y una concentración de tropas para proteger el flanco oriental. Poco después, en 1938-1939, el Ejército Rojo libró una guerra fronteriza, a menudo olvidada, pero crucial, contra Japón (batallas del lago Jasán y de Jaljin Gol). A continuación, vino una guerra ofensiva en Europa, donde los soviéticos se sumaron a los alemanes en el desmantelamiento de Polonia en septiembre de 1939. Después, atacaron en solitario a Finlandia en la Guerra de Invierno (1939-1940) y anexionaron Estonia, Letonia, Lituania, el norte de Bucovina y Besarabia en 1940. En la tercera fase, iniciada en el verano de 1941, los soviéticos volvieron a estar a la defensiva en su catastrófica campaña contra los alemanes. La cuarta fase, que empezó a principios de 1943, testimonió la victoria soviética en una guerra de desgaste contra Alemania y, tras la victoria en Europa, una

guerra ofensiva contra Japón en el verano de 1945. La fase final consistió en la pacificación y reorganización de los territorios. Comenzó con la liberación de territorios iniciada en 1943 y finalizó en el núcleo central con la abolición del racionamiento alimentario en 1947 y la conclusión de la desmovilización en masa en 1948. Mientras tanto, en las fronteras occidentales pasó al primer plano otro aspecto de la guerra soviética: la campaña convencional soviética contra Alemania y Japón estaba entrelazada con una serie de luchas civiles contra grupos de la población, algunos de los cuales estaban armados y resistían, pero muchos otros eran simples civiles considerados enemigos del poder soviético a causa de su perfil sociológico o nacional. La contienda civil continuó hasta 1949, cuando las deportaciones a gran escala en el oeste y la victoria de los comunistas chinos en el este pusieron fin a la Segunda Guerra Mundial soviética.

ÁMBITO Y FUENTES

La presente historia de la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial combina el relato de las operaciones militares y de la política internacional con el estudio de la economía, la cultura y la sociedad durante los años de conflicto.¹³ Su perspectiva oscila constantemente desde el relato individual a la historia general de la que forman parte. Por tanto, este volumen combina una antología de experiencias bélicas individuales con un estudio histórico, a grandes rasgos, de las estructuras principales: sociales, económicas, culturales y gubernamentales. El punto de vista estatal queda reconstruido a partir de datos de archivos, antaño secretos, de Rusia, Ucrania, Letonia, Lituania, Estonia, Alemania, Australia y Estados Unidos.¹⁴ Sin embargo, los archivos, depósitos de documentos generados por el Gobierno, no siempre captan el lado humano de la contienda. De ahí que el presente libro también haga un uso extensivo de diarios, memorias y entrevistas a supervivientes. Algunas de estas entrevistas se hicieron poco después de los hechos y han sido publicadas en colecciones de fuentes, mientras que otras, como el Proyecto Harvard del Sistema Social Soviético o la colección de historia oral de la biblioteca judía Dorot de la New York Public Library, fueron redactadas o registradas lejos de la Unión Soviética por *émigrés*. Otras, como la gran recopilación de entrevistas con veteranos del Ejército Rojo disponible en línea, fueron grabadas después de la disolución de la Unión Soviética.¹⁵

Por desgracia, Stalin no redactaba un diario ni tampoco dejó memorias. Para este actor principal, debemos confiar en los puntos de vista de quienes lo conocieron, así como en los vestigios que dejó en los archivos. Hemos orientado nuestra interpretación de los mismos por medio de la notable literatura biográfica existente.¹⁶ Comprender a Stalin es crucial. La Unión Soviética de las décadas de 1930 y 1940 fue una de las dictaduras más represivas del siglo XX: Stalin dirigía con mano férrea al país, al Partido Comunista, al apar-

to estatal y a sus colaboradores más estrechos. Es natural, por tanto, que Stalin ocupe un papel central en nuestro relato. Sin embargo, el presente volumen no es ni una nueva biografía del dictador ni tan solo un estudio monográfico de la guerra de Stalin. Por el contrario, el líder está rodeado de otros actores, grandes y pequeños: civiles y soldados, comunistas y sus adversarios, hombres y mujeres, generales y soldados rasos, obreros y campesinos, burócratas y académicos, lealistas y resistentes, rusos y miembros de un elevado número de minorías nacionales. Esta visión caleidoscópica de la contienda nos impide una exploración en profundidad de la diplomacia de Stalin o un relato detallado de las operaciones militares. Estas han sido tratadas por otros estudiosos con suficiente detalle como para permitirnos relegarlas a breves esbozos.¹⁷

Por otra parte, es posible que los historiadores profesionales esperen más cobertura de las controversias académicas y del debate historiográfico. Podrán encontrarla en mis ensayos y monografías especializadas, las cuales han dado lugar al presente volumen. *Estalinismo en guerra*, al contrario que dichos estudios anteriores, fue escrito para un lector no especializado, por lo que he reducido al mínimo el debate historiográfico, la polémica académica y las notas bibliográficas.

EL IMPACTO DOMÉSTICO DE LA GUERRA EN CADA FASE

Presentar una visión general de la historia soviética mediante una serie de experiencias individuales suscita la cuestión de lo importantes que fueron las diferentes fases de la larga Segunda Guerra Mundial para las vidas de los ciudadanos corrientes. Desde la perspectiva doméstica, los diferentes periodos de la Segunda Guerra Mundial soviética tuvieron un impacto diverso. A no ser que uno fuera coreano o un soldado soviético en China, Mongolia o en el Lejano Oriente, la guerra defensiva en Asia en 1937-1939 solo le afectó de forma periférica, más como lector de la prensa que otra cosa. Participaron en estos combates un total de 97 000 efectivos, con unas pérdidas bastante bajas, de quizá unos 11 000 muertos.¹⁸ El Gran Terror estalinista afectó durante este periodo a muchas más vidas: solo en 1937-1938 fueron arrestados 1,6 millones de personas, de las cuales 682 000 fueron ejecutadas.¹⁹

En la segunda fase, 1939-1941, la guerra tuvo un efecto mucho más general. El número de combatientes implicados pasó de unas decenas de miles a 1,3 millones, sin contar a los que participaron en las anexiones del Báltico y de Besarabia. Unos 128 000 soviéticos perecieron en los combates de Polonia y Finlandia. Un mínimo de medio millón de soldados vio el mundo exterior en Polonia y en los países bálticos, una experiencia desorientadora.²⁰ El pacto Hitler-Stalin de agosto de 1939 provocó una confusión ideológica generalizada y las deportaciones desde las fronteras occidentales extendió la experiencia coreana a 383 000 víctimas más. El desvío de recursos a la producción de

armamento, junto con las entregas de alimentos a Alemania durante el pacto Hitler-Stalin, redujo aún más el consumo civil, incrementó la escasez, las colas, la inflación y el movimiento de personas. La producción económica *per capita* se estancó entre 1937 y 1940, el consumo civil experimentó una caída significativa y el rearme absorbió más y más recursos. Las autoridades reaccionaron en 1940 con la imposición del racionamiento a ciertas regiones del país y una serie de leyes laborales nacionales para militarizar a los obreros industriales.²¹

Pero fueron las fases tercera y cuarta –la pugna a vida o muerte con Alemania en 1941-1945– las que universalizaron la experiencia bélica. El consumo experimentó un desplome catastrófico, para algunos civiles hasta niveles de inanición. En conjunto, sirvieron durante este periodo 34,5 millones de hombres y mujeres, de los cuales perecieron 7,8. Todo el que no combatía fue movilizado para trabajar y la mortandad entre los civiles fue tres veces superior a la de los soldados.²²

En la fase final, la experiencia de la guerra volvió a quedar localizada, esta vez a las fronteras occidentales. En esos territorios, las insurgencias de los nacionalistas estonios, letones, lituanos, polacos y ucranianos fueron reprimidas por la fuerza. La confrontación militar abierta había finalizado en 1945, una vez que los partisanos antisoviéticos fueron derrotados por la superior potencia de fuego de los sóviets. La resistencia adoptó entonces tácticas terroristas, que siguieron haciendo mortal la vida de los partidarios del poder soviético. En una fecha tan tardía como 1946, los funcionarios comunistas de la campaña letona solían seguir llevando armas automáticas para la auto-defensa.²³ Sin embargo las pérdidas no fueron en absoluto comparables con la magnitud de los enfrentamientos contra Alemania o incluso contra Japón. En conjunto, unos 70 000 efectivos participaron en operaciones de contrainsurgencia en las fronteras occidentales. No perdieron más de 6000 hombres.²⁴ Mas los partisanos antisoviéticos acabaron con una cifra muy superior en confrontaciones no militares, en su mayoría «objetivos blandos», esto es, civiles acusados de colaborar con los soviéticos.²⁵ En 1948, por citar un ejemplo que exploraremos en más detalle en el Capítulo 7, en las operaciones contra la clandestinidad lituana, las fuerzas de seguridad soviéticas mataron a diez adversarios por cada baja que sufrían. Pero, si se suman las víctimas de los ataques antisoviéticos contra civiles, la ratio queda más igualada: 1,6 partisanos por cada muerto «soviético».²⁶

En otras regiones, el núcleo de esos años ya no era la guerra, sino la reconstrucción. La desmovilización, el retorno de las personas desplazadas y los evacuados y la reparación de la economía eran la prioridad del momento, así como la lucha coordinada contra la violencia y el crimen provocados por la contienda. Una vez superada la hambruna de posguerra de 1946-1947, la vida empezó a retornar a la normalidad, aunque esta fuera una normalidad estalinista. Volvió la represión, si bien menos letal: las personas perdían los

trabajos ante acusaciones de «cosmopolitismo desarraigado», o eran encarceladas conforme a las draconianas leyes antirrobo de 1947. Las excepciones fueron los hechos de Leningrado (1949-1950) y Mingrelia (1951-1952), que recordaron a un gran terror en miniatura por las acusaciones inventadas que condujeron a la ejecución de un grupo relativamente pequeño de personas.²⁷ En ocasiones, los repatriados que regresaban se enfrentaban a un arresto, ya fuera durante el proceso de comprobación inicial o más tarde. No obstante, el estudio de los archivos ha revelado que este fenómeno fue mucho menor de lo que especula la literatura anterior.²⁸ Una vez que las deportaciones de 1949 pusieron fin a la contrainsurgencia en las fronteras occidentales, estas nuevas regiones del imperio también se incorporaron a la normalidad estalinista: una vida cotidiana en circunstancias extraordinarias, incluso en tiempos de paz.²⁹

UNA REVISIÓN DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL SOVIÉTICA

El presente libro hace una revisión de la Segunda Guerra Mundial soviética; presentada como una prolongada contienda euroasiática que abarca de 1937 a 1949. Sin embargo, ello no significa negar el carácter central de la experiencia de la «Gran Guerra Patriótica». Por el contrario, la sitúa en un marco geográfico e histórico más amplio. ¿Qué implica este nuevo enfoque para nuestra comprensión de la Segunda Guerra Mundial soviética?

En primer lugar, el rol del frente oriental soviético es mucho más crucial. China desempeñó un papel vital, pues cubrió las espaldas de la Unión Soviética hasta, al menos, 1942, momento en que la US Navy pasó a soportar el embate de la mayor parte de las fuerzas japonesas. Incluso entonces China continuó haciendo valer su peso. Mientras los norteamericanos combatían a la flota y a la fuerza aérea niponas, los chinos detuvieron a los efectivos terrestres que podrían haber amenazado a los soviéticos. La llegada de ayuda aliada (Préstamo y Arriendo) por aguas japonesas a Vladivostok y desde allí por el Transiberiano, esencial para el esfuerzo bélico soviético, solo pudo ser posible gracias a que Stalin había firmado la paz con Japón en 1941. Había otras rutas para el envío de suministros: por las aguas del Ártico, o por Irán. Pero, como veremos en el Capítulo 6, estas rutas eran mucho más problemáticas que la del Pacífico, que pronto se convirtió en la conexión principal entre la Unión Soviética y sus aliados. A pesar de la neutralidad en la guerra del Pacífico, los dirigentes soviéticos jamás perdieron interés en el frente del Lejano Oriente, donde los efectivos desplegados nunca bajaron de 1 100 000 hombres. La región fue transformada en un enorme campo de entrenamiento donde los reclutas se preparaban para la batalla antes de ser enviados al frente y, una vez ganada la contienda contra Alemania, ciudadanos soviéticos como Ten San Din o Petr Fedórovich Katasónov hicieron su contribución para obligar a Japón a rendirse.³⁰

En segundo lugar, el desplazamiento de población es un tema central del presente libro. Ya fueran soldados, personas movilizadas para trabajar, deportados, reos enviados al gulag, refugiados, evacuados y reevacuados, plenipotenciarios y enviados especiales: en la Unión Soviética en guerra casi todo el mundo estaba en movimiento. Stalin, por el contrario, fue el único que apenas se movió de su puesto, desde donde, flanqueado por Viacheslav Mólotov, controlaba este flujo de personas. En 2013, el historiador Peter Gattrell reclamó a sus colegas que integrasen la historia de los refugiados en sus historias generales. Este volumen va un poco más allá, pues argumenta que toda historia de la guerra soviética ha de abordar en serio los diversos tipos de desplazamiento que definieron la experiencia bélica de gran parte de la población.³¹

En tercer lugar, la Segunda Guerra Mundial soviética fue multinacional. Pese a que tanto los observadores de la época como los historiadores posteriores hablaron de «la guerra rusa», cerca de la mitad de la población soviética, un porcentaje importante de las fuerzas combatientes, y más de la mitad de las víctimas civiles no eran rusas.³² Por tanto, no solo fue la «guerra de Iván» sino también la de Ten San Din, de Susanne o de Nachman... y, por supuesto, también de Stalin, un georgiano que hablaba ruso con un fuerte acento.³³ En este libro, el lector encontrará una gran variedad de soviéticos: coreanos, alemanes, judíos, polacos, ucranianos, lituanos y, desde luego, rusos. La atención prestada a las tierras fronterizas del este y del oeste pone el foco sobre los coreanos, bálticos o polacos desplazados. Dedicaremos particular interés al sufrimiento y al heroísmo de los judíos soviéticos, que no han vuelto a las páginas de la historia de la Segunda Guerra Mundial soviética hasta fechas recientes. Estos incluían numerosos «nuevos judíos soviéticos», que se integraron en la historia soviética durante la fase de expansión agresiva de 1939-1941.³⁴

En cuarto lugar, el lado totalitario de la Segunda Guerra Mundial soviética, que numerosos historiadores han resaltado en las fronteras occidentales, fue también una experiencia de unión absoluta que obedecía a una dinámica propia. La Segunda Guerra Mundial soviética empezó con la deportación de los coreanos en 1937 y finalizó en 1949 con la deportación desde el oeste de los «kulaks» y sus familias. El Gran Terror de 1937-1938 sirvió de telón de fondo de la crisis internacional del oriente de 1937-1939 y fue provocado por los preparativos bélicos. Cuando se desencadenó el ataque germano hubo un resurgir de la violencia contra su propio bando: lo que un historiador denominó «el Gran Terror de 1941». Cuando las unidades soviéticas empezaron a liberar territorios ocupados por los alemanes, volvió la policía de Stalin y, con esta, el terror estalinista, si bien su naturaleza era diferente con respecto a la de principios de la década de 1940: la represión fue mucho más generalizada, pero también mucho menos letal. En Estonia, por citar un ejemplo particularmente bien documentado, aunque la oleada de arrestos de 1944-1945 afec-

tó a un grupo más numeroso de personas que su antecesora de 1940-1941, el porcentaje de supervivientes fue mucho mayor. La pena capital era empleada con menos frecuencia y fue abolida en el conjunto de la Unión Soviética en 1947; las condiciones de los detenidos mejoraron. Las deportaciones de 1949 siguieron una pauta similar. Sumó el doble de víctimas que su predecesora de 1941, pero la tasa de mortalidad se redujo a un 15 por ciento, cuando en 1941 había sido del 60. Sorprendentemente, el inmenso sufrimiento y la brutalidad incesante de la Segunda Guerra Mundial soviética no hicieron más brutal al régimen de Stalin. Tuvo el efecto opuesto: los historiadores han observado que, en los años de posguerra, el terror fue reemplazado por una vigilancia policial estricta, pero legal.³⁵

ESTRUCTURA DEL LIBRO

El presente libro desarrolla estos temas en nueve capítulos, más o menos cronológicos, cada uno de los cuales responde a una cuestión diferente en torno a la Segunda Guerra Mundial soviética. El Capítulo 1 plantea si la Unión Soviética estaba preparada para la guerra cuando esta estalló. La respuesta es ambigua: las políticas estalinistas de la década de 1930 ayudaron y dificultaron a un tiempo los preparativos bélicos: la forma estalinista de conducción bélica era, a un tiempo, efectiva pero ineficiente; el terror, concebido como parte de la preparación para la guerra, tenía efectos adversos sobre la disposición para el combate.

El Capítulo 2 narra la historia de la fase, a menudo olvidada, durante la cual Stalin logró evitar una grave amenaza que le causaba profunda preocupación: un conflicto en dos frentes. Se pregunta qué rol desempeñó la Unión Soviética en la guerra asiática de 1937-1939. Durante esta fase, las políticas de Stalin fueron destructivas en el interior, pero cruciales en el frente internacional. El auxilio soviético ayudó a China a resistir a Japón y la victoria soviética en la contienda fronteriza de 1938-1939 impulsó a Tokio a emprender una «estrategia meridional» que mantuvo en calma el frente oriental soviético hasta 1945 y empujó a Japón al choque con Estados Unidos. Por tanto, las acciones soviéticas del periodo fueron esenciales para la historia posterior del conjunto de la Segunda Guerra Mundial.³⁶

En el Capítulo 3, que abarca 1939-1941, la acción principal se traslada del este al oeste. Responde a la pregunta acerca del papel de los soviéticos en los compases inaugurales de la contienda europea. Fueron los años de la alianza con Alemania, cuando los soviéticos actuaron con agresividad en el este de Europa y no solo anexionaron tierras extranjeras, sino que también las sometieron a un terror totalitario a gran escala. La ambivalencia con la que muchos ven este periodo en la actualidad está arraigada en la experiencia de esos años, que fueron profundamente turbadores para muchos ciudadanos soviéticos. En las tierras fronterizas, se caracterizaron por la violencia y la conquista

extranjera. Aunque también fueron tiempos inquietantes en la vieja Unión Soviética. ¿Cómo podía uno explicar una situación en la que un supuesto Estado antifascista, antiimperialista y socialista hacía causa común con los nazis y ocupaba tierras vecinas por la fuerza de las armas? Las tácticas estalinistas habían sido dictadas por el oportunismo: quería ganar tiempo, incrementar la extensión de su Estado y esperar que la situación fuera favorable. Como veremos, tal estrategia fracasó y la expansión hacia el oeste dejó a los soviéticos más vulnerables que antes de 1939. Es más, era difícil vender esta cínica *realpolitik*, por lo que el liderazgo soviético tuvo que esforzarse por hallar una fórmula que explicase sus acciones no solo en el terreno internacional, sino también en el doméstico. La explicación final que se dio fue que la expansión soviética no era imperialismo, sino liberación nacional: liberaba a hermanos eslavos (ucranianos, bielorrusos) de la opresión polaca. Si bien esta lógica no podía argüir la anexión de los países bálticos o la agresión contra Finlandia, apuntaba a las pautas del futuro: el principio etnonacionalista constituyó un aspecto central en el futuro trazado de las fronteras de posguerra.

El Capítulo 4 se ocupa del primer periodo de la contienda germano-soviética, esto es, 1941-1942. Se pregunta qué causó la catástrofe y cómo se sobrevivió a ella. Como el propio Stalin reconoció en un momento de debilidad, el caos inicial fue culpa suya. Había debilitado al ejército en el Gran Terror; había apoyado y suministrado a los alemanes desde 1939; se había negado a creer que el ataque era inminente. Los preparativos bélicos fueron desbaratados y el sentimiento antisoviético generalizado de la población —causado por el terror contra sus propios habitantes, iniciado con la colectivización de 1929 y la ocupación terrorista de las fronteras occidentales en 1939— no contribuyó a preparar al país para su defensa. Y la respuesta inmediata de Stalin fue más terror, lo cual desestabilizó aún más la situación. Sin embargo, el dictador no se rindió, como tampoco lo hizo un núcleo de partidarios incondicionales procedentes de todos los territorios soviéticos. A pesar del desastre general y del completo caos, continuó habiendo una resistencia decidida. La táctica de algunos elementos del Ejército Rojo de contraatacar sin tregua aterraba a los soldados germanos. Además, como aceptan cada vez más historiadores, también quebró el esfuerzo bélico germano ya durante la primera mitad de la contienda: en las postrimerías de 1941, Hitler había perdido la guerra en el este, aunque todavía no lo sabía.³⁷

Cómo fue posible esta notable recuperación se explora en el Capítulo 5. En este se muestra que el régimen soviético experimentó un proceso dual de centralización (de toma de decisiones) y de descentralización (de su implementación). Mientras los individuos y sus familias sorteaban las grietas y fisuras del sistema de movilización, el Gobierno soviético se recuperó del *shock* de las primeras semanas, consolidó la estructura bélica y empezó a movilizar el país. El dictador representó un papel vital en este esfuerzo, como clave de vuelta de todo el sistema y como símbolo de un gabinete fuerte y decidido.

Aunque no actuó solo. Su dictadura se tornó mucho más flexible de lo que lo había sido antes del ataque germano, lo cual permitió una movilización masiva de recursos para la defensa. Las contradicciones de la guerra estalinista, sin embargo, también se anularon mutuamente.

En el aspecto positivo, el que Stalin evitase una contienda en dos frentes generó dividendos: oriente permaneció en calma y se pudo relocalizar allí industria y entrenar tropas para el combate en el oeste. Los líderes soviéticos habían ganado una valiosa experiencia en la gestión de crisis gracias a las perturbaciones internas que sus preparativos bélicos habían provocado desde el mismo año de 1929. Su habilidad para la resolución de problemas ayudó al «equipo» de Stalin durante el caos bélico. La industrialización a marchas forzadas para la creación de una industria pesada también dio sus frutos: los soviéticos superaron la producción del enemigo con cifras masivas de equipamiento estandarizado. Y la dictadura era lo bastante fuerte como para movilizar a la gran mayoría de la población para combatir o para trabajar por la victoria. En el aspecto negativo, no obstante, la pobre productividad de la agricultura soviética fue exacerbada por los efectos de la contienda, de modo que el hambre fue la compañera constante de la ciudadanía soviética durante la guerra.³⁸

Los dos capítulos siguientes abordan la siguiente pregunta complementaria: ¿por qué la Unión Soviética ganó la guerra? El Capítulo 6 abarca los años 1943-1945, una época de triunfo contra la Alemania nazi primero y después contra Japón. Presenta argumentos que confirman la importancia capital del esfuerzo bélico soviético en la victoria en Europa y explora la importancia de la ayuda y del apoyo aliado en los éxitos soviéticos. También debate el papel menor que los soviéticos desempeñaron en la victoria en el enfrentamiento en Asia y vuelve a recordar al lector el papel de China a la hora de cubrir las espaldas de Stalin. Analiza los orígenes de la crisis alimentaria en tiempo de guerra y la importancia del trabajo forzoso en el esfuerzo bélico.

El Capítulo 7 pasa de la historia económica a la cultural. Nos muestra cómo y por qué una proporción creciente de ciudadanos soviéticos apoyó el esfuerzo bélico de Stalin contra Alemania. La represión, por sí sola, no ganó la contienda. Incluso durante los oscuros días de 1941, cuando Stalin optó por aumentar la represión para salvar el régimen, podía seguir contando con un núcleo de partidarios incondicionales en todos los niveles de la jerarquía política y social. En todas partes —desde las trincheras al Kremlin, desde las fábricas al aparato del Comité Central— había hombres y mujeres comprometidos con una ideología, que creían en la causa soviética y también en el liderazgo del camarada Stalin. Estos fueron decisivos para organizar la resistencia al asalto nazi. A medida que transcurrió el tiempo, el grupo de partidarios fue creciendo. Venganza, patriotismo e ira por lo que los germanos habían provocado se combinaron con un creciente compromiso con los triunfos del Estado soviético y del Ejército Rojo contra la Wehrmacht. Con el paso del tiempo, el núcleo de partidarios siguió creciendo hasta abarcar sectores cada

vez más grandes de la población. Cada vez eran más los ciudadanos soviéticos que consideraban que sus intereses coincidían con los del régimen. La excepción fueron las fronteras occidentales, donde la contienda asumió la forma de múltiples luchas civiles en el marco de la contienda convencional.³⁹

El Capítulo 8 vuelve a esas tierras fronterizas y explora la contrainsurgencia en los territorios de reciente adquisición durante los años 1944-1949 antes de abordar la pacificación general de una sociedad marcada por la violencia bélica y desbordada por una terrible oleada criminal. Muestra las dificultades que experimentó el Estado soviético para restablecer su monopolio de la violencia, pero también cómo, en última instancia, logró culminar la misión con éxito.⁴⁰

El capítulo final pasa a situar la Segunda Guerra Mundial en el contexto general de la historia soviética y postsoviética. Se pregunta qué impacto tuvo la contienda sobre la sociedad soviética y cómo es recordada en los Estados sucesores tras la ruptura de 1991. De este modo, vincula esta historia al presente, el cual continúa siendo definido por aquella.⁴¹

NOTAS

- 1 Stalin, I. V., 2002, 157-159, en particular 157 y 159.
- 2 Zeidler, M., 1996; Beevor, A., 2003; Kershaw, I., 2011.
- 3 Frank, R. B., 1999.
- 4 Edele, M., 2020, 1039-1062.
- 5 Edele, M., 2015c [DOI: 10.1093/oxfordhb/9780199236701.013.028]. Acerca de la cifra de víctimas de la hambruna: Ellman, M., 2000, 603-630.
- 6 La producción historiográfica rusa más reciente en torno a la guerra es de calidad desigual. Entre las contribuciones más destacables tenemos las obras de Seniavskaia, E. S., 1995; Zolotarev, V. A. y Sevost'ianov, G. N. (eds.), 1998; Zima, V. F., 2000; Shoigu, S. K. (ed.), 2015; y Larionov, A. E., 2015. Malkov, P. V. (ed.), 2020, nos presenta estadísticas resumidas de una amplia gama de indicadores económicos y demográficos. Los siguientes proyectos combinan estudios de especialistas rusos y occidentales: Budnitskii, O. y Novikova, L. (eds.), 2014; y Fieseler, B. y Markwick, R. D. (eds.), 2019.
- 7 Entrevista a Ten San Din (27 de febrero de 2015) [<https://iremember.ru/memoirs/razvedchiki/ten-san-din/>]. Reporte del comisario del Interior N. I. Ezhov (29 de octubre de 1937), en *Istoriia Stalinskogo Gulaga: Konets 1920-kh-pervaia polovina 1950-kh godov. Sobranie dokumentov v semi tomakh* [Historia del Gulag de Stalin: finales de 1920- primera mitad de la década de 1950. Colección de documentos en siete volúmenes], 2004-2005, vol. 5, 237.
- 8 Jlevniuk O., 2000, 159-169, en particular en pág. 168, apunta la relación entre las dos decisiones.
- 9 Entrevista a Petr Fedórovich Katasónov (13 de diciembre de 2013) [<https://iremember.ru/memoirs/razvedchiki/ten-sandin/https://iremember.ru/memoirs/pulemetchiki/katasonov-petr-fedorovich/>].

- 10 El argumento de que se inició en 1931 y en Asia es defendido por Paine, S. C. M., 2012. La idea de que empezó en 1939 es sostenida por Weinberg, G. L., 2005. Mawdsley, E., 2012 argumenta que empezó en 1941. Para una crítica del marco de análisis de la «Guerra de los 15 años», *vid.* Wilson, S., 2001, 155-164.
- 11 Pueden leerse dos resúmenes de esta historia en Harrison, M., 2004, vol. 4, 1683-1692 y en Edele, M., 2019b, 123-143.
- 12 Mawdsley, E., 2009, 7, argumenta por qué no debe iniciarse la historia de la Segunda Guerra Mundial ni con la invasión japonesa de Manchuria de 1931 ni con el ataque italiano contra Abisinia en 1935 ni con el estallido de la Guerra Civil española en 1936.
- 13 Los siguientes libros son buenas introducciones a la historia militar y económica: Barber, J. y Harrison, M., 1991; y Glantz, D. M. y House, J. M., 1995. Los estudios principales acerca de la historia sociocultural de los años de guerra son: Moskoff, W., 1990, recientemente superada por la obra de Goldman, W. Z. y Filtzer, D. (eds.), 2015; Thurston, R. W. y Bonwetsch, B. (eds.), 2000; Berkhoff, K. C., 2004; Filtzer, D., 2010; Kucherenko, O., 2011; Graffenried, J. de, 2014; Voisin, V., 2015; Kucherenko, O., 2016; Cerovic, M., 2018; y Schechter, B. M., 2019.
- 14 He trabajado en los siguientes archivos físicos: Archivo de la Federación Rusa (GARF), el Archivo estatal ruso de Historia Sociopolítica (RGASPI), el Archivo estatal ruso de Economía (RGAE) y el Archivo estatal ruso de Historia Contemporánea (RGANI), todos ellos en Moscú; el archivo KBG de Ucrania (GDA SBU) y el Archivo de Ucrania del antiguo Partido Comunista (TsDAGO), ambos en Kyiv; el Archivo Militar alemán (BA-MA) en Friburgo; los Archivos Nacionales de Estonia en Tallin (ERA) y Tartu (ERAF); los Archivos estatales de Letonia (LVA) en Riga; los Archivos del KBG de Lituania (LYA) en Vilna; el Archivo Bakhmeteff de la Universidad de Columbia; y el Museo memorial del Holocausto de Estados Unidos (USHMM) de Washington, DC. He accedido a documentos de archivo ubicados en múltiples lugares, algunos de ellos en línea. Por ejemplo, el Archivo de Stalin está disponible en RGASPI, pero desde mi traslado a la Universidad de Melbourne en 2017 pude utilizar su suscripción al Archivo Digital de Stalin [<https://www.stalindigitalarchive.com/>]. Algunos de los documentos del TsDAGO y GARF con los que trabajé primero en Kyiv los consulté más tarde en el USHMM con la copia que había adquirido este último. Ciertos fondos documentales seleccionados han sido publicados en [<http://istmat.info>] y en [<http://sovdoc.rusarchives.ru/#main>] (estos últimos solo pueden consultarse desde direcciones IP de Rusia).
- 15 Pueden consultarse entrevistas de la época en Hellbeck, J., 2015; y Zhuravlev, S. V. (ed.), 2017; hay transcripciones del Proyecto Harvard disponibles en línea en [<https://library.harvard.edu/collections/hpsss/index.html>]; la base de datos de historia oral reciente es [<https://iremember.ru>]. En cuanto a las memorias y diarios, véanse las notas del libro.
- 16 Las mejores biografías publicadas antes de la apertura de archivos y que incluyen los años de guerra son las de Deutscher, I., 1967; y Ulam, A. B., 1989. Las mejores obras basadas en las nuevas evidencias documentales son las de Volkogonov, D. A., 1991; y Khlevniuk, O. V., 2015. Para un debate acerca de la producción historiográfica general en torno a Stalin, véase también Edele, M., 2020b, capítulo 5.
- 17 Tenemos varios compendios de historia diplomática: Haslam, J., 1985; Pons, S., 2002; Roberts, G., 2006; Gellately, R., 2013; Rieber, A. J., 2015; y Naimark, N. M., 2019. Una historia militar sucinta de esta guerra es la de Mawdsley, E., 2016.

- 18 Edele, M., 2015, 17-40, en particular pág. 29; Krivosheev, G. F., 2001, 595.
- 19 «Spravka 1 spetsordela MVD SSSR o kolichestvarestvovannykh i osuzhdennykh v period 1921-1954 gg» [Certificado del 1.º Departamento Especial del Ministerio del Interior de la URSS acerca del número de arrestados y condenados en el periodo 1921-1954] (11 de diciembre de 1953), reimpreso en Kokuriny, A. I y Petrov, N. V. (eds.), 2000, 431-434, en particular pág. 433.
- 20 Gross, J. T., 2002. Krivosheev, G. F., *op. cit.*, 187, 214, 595. La cifra de los que habían visto el mundo exterior es limitada. Solo comprendía a los efectivos que participaron en la operación contra Polonia de 1939 (466 516) y a los efectivos estacionados en los países bálticos hasta el 1 de enero de 1940 (58 055).
- 21 Davies, S., 1997, capítulo 5; Johnston, T., 2011, capítulo 1. Edele, M., 2015, 24 (números). Osokina, E., 1999, 206-213. Acerca del cambio a la defensa, *vid.* Davies, R. W., Harrison, M., Khlevniuk, O. y Wheatcroft, S. G., 2018, en especial el capítulo 9; Gattrell, P. y Harrison, M., 1993, 424-452, en particular pág. 438. Acerca de la ley laboral, *vid.* Kragh, M., 2011, 1253-1273.
- 22 Harrison, M., 1994, 244-245; 256-260; Filtzer, D., 2015, 265-335. El mejor análisis de las cifras disponibles es el artículo de Ellman, M. y Maksudov, S., 1994, 671-680.
- 23 *Vid.*, por ejemplo, el reporte del interrogatorio a uno de ellos, acusado de tener demasiados tratos con la clandestinidad nacionalista: Archivo estatal de Letonia (LVA) f. PA-101, op. 9, d. 69, l. 147-49.
- 24 Statiev, A., 2010, 7 (número de efectivos del NKVD en la contrainsurgencia, 1945-1947), la cifra de pérdidas proviene de Krivosheev, G. F., *op. cit.*, 594.
- 25 Statiev, A., *op. cit.*, 128.
- 26 Calculados con arreglo a los reportes mensuales de alto secreto del MGB correspondientes a 1948. Archivo del KGB de Lituania (LYA) f. K-41, op. 1, d. 278, ll. 35, 66, 71, 73, 75, 77, 79, 81, 84, 86, 154, 162.
- 27 Fitzpatrick, Sh., 1985, 129-156; Zubkova, E., 1998; Filtzer, D., 2002; Gorlizki, Y. y Khlevniuk, O., 2004; J. Fürst (ed.), 2006; Jones, J. W., 2008; Edele, M., 2008; Qualls, K., 2009; Fürst, J., 2010; Dale, R., 2015; Blackwell, M. J., 2016; Edele, M., 2019c , 780-798.
- 28 El artículo de Seth Bernstein expone todo lo que sabemos en la actualidad. *Vid.* Bernstein, S., 2018, 193-226.
- 29 Fitzpatrick, Sh., 1999; Boeckh, K., 2007; Mertelsmann, O., 2012; Liber, G. O., 2016.
- 30 Sutskov, N. P. *et al.*, 1985; Haslam, J., 1992; Slavinskii, B. N., 1995; Glantz, D. M., 2003; Holloway, D., 2007, 145-148; Gorbunov, E. A., 2010; Hasegawa, T., 2011, 245-271. Acerca de los efectivos desplegados, *vid.* Achkasov, V. I. (ed.), 1980, 184 (tabla 7).
- 31 Acerca del manifiesto, *vid.* Edele, M., 2014, 285-307. Existen diversos resúmenes: Gattrell, P. y Baron, N., 2009, 255-268; Gattrell, P., 2013. Además de las deportaciones, que son abordadas en el clásico compendio de Pohl, J. O., 1999, el fenómeno que ha recibido más atención son las evacuaciones. Con respecto a las obras más recientes, *vid.* Kovalchuk, V. M., 2000, 15-24; Snegireva, L. I., 2005; o Potemkina, M. N., 2006. Entre las obras en inglés tenemos Manley, R., 2009; Holmes, L. E., 2012; Belsky, N., 2014; Megowan, E. T., 2016; y Holmes, L. E., 2017. Un estudio pionero de la migración en un contexto soviético más general es el volumen de Siegelbaum, L. y Moch, L. P., 2014.
- 32 Entre las contribuciones más importantes a la historia multinacional de esta guerra tenemos los libros de Glantz, D. M., 2005, capítulo 13; y Carmack, R. J., 2019.

- 33 Overy, R., 1997; Weiner, A., 2000b, 305-336; Merridale, C., 2006.
- 34 Por ejemplo: Altman, I. y Terushkin, L., 2007; Budnitskii, O. V., 2009, 629-682; Chervinsky, J., Kreiswirth, A., Reines, L. y Gitelman, Z. (eds), 2011; Murav, H. y Estraiikh, G. (eds.), 2014; Shneer, D., 2011; Edele, M., Fitzpatrick, Sh. y Grossmann, A. (eds.), 2017; Adler, E., 2020.
- 35 Khlevniuk, O. V., 1995; Mertelsmann, O. y Rahi-Tamm, A., 2009, 307-322, especialmente págs. 310, 312-313, 315; Shearer, D. R., 2009; Budnitskii, O. V., 2019, 447-480.
- 36 Alvin D. Coox nos descubrió el papel central de la contienda fronteriza de 1938-1939. *Vid.* Coox, A. D., 1985; y Goldman, S. D., 2013.
- 37 Stahel, D., 2009.
- 38 Para un conciso relato de los líderes soviéticos durante la contienda, *vid.* Fitzpatrick, Sh., 2015, capítulo 6. Viktor Cherepanov proporciona una relación más detallada en Cherepanov, V., 2006.
- 39 La cuestión de la lealtad lleva ocupando desde hace décadas a los historiadores del estalinismo y, en fechas recientes, ha pasado al primer plano del debate, tanto para la década de 1930 como durante los años de contienda. Para un debate en torno a los años treinta del siglo XX, *vid.* Chatterjee, Ch. y Petrone, K., 2008, 967-986. Para los años de contienda, *vid.* Edele, M., 2013b, 248-268. Las contribuciones más recientes son Edele, M., 2017; y Enstad, J. D., 2018.
- 40 Rieber, A. J., 2003, 129-162.
- 41 Lovell, S., 2010.

CAPÍTULO 1

Preparativos bélicos

EXPECTATIVAS SOMBRÍAS

«¿Acaso queréis que nuestra patria socialista sea derrotada y pierda su independencia?». Stalin, en su discurso ante una asamblea de directores fabriles en 1931, estaba mostrando su registro más retórico.¹ El dictador planteó esta cuestión en un momento en que su estrategia de preparativos bélicos estaba dando resultados caóticos, catastróficos incluso. Había habido éxitos, esto era indudable. La doble decisión de emprender la industrialización acelerada y ordenar a los campesinos que se incorporasen a las granjas colectivas —la primera «revolución desde arriba» de Stalin— había duplicado con creces el empleo y la producción industrial neta entre 1928 y 1932. Sin embargo, el precio de tal revolución industrial fue el desplome del nivel de vida y la resistencia de los trabajadores, que tuvo que ser reprimida. El consumo calórico declinó entre un 20 y un 30 por ciento: hasta bastante después de la muerte de Stalin los trabajadores soviéticos no volvieron a comer tan bien como en 1928. Se vivía en condiciones de hacinamiento e incomodidad. Los más afortunados residían en apartamentos comunales, con una familia por habitación y cocina y baño compartido, en caso de que lo hubiera. Otros vivían en barracones, en tiendas de campaña, en refugios improvisados o en chabolas hechas de cualquier material disponible. Los obreros se quejaban de su dura existencia: ¿de verdad esto era el socialismo?²

Pero si la vida en las ciudades era lóbrega, una catástrofe se cernía sobre el campo. Stalin todavía no lo sabía, pero se estaba gestando una hambruna de enormes proporciones que mataría a millones de personas en 1932-1933, en particular en Ucrania, el norte del Cáucaso y Kazajistán. El hambre fue consecuencia directa de las políticas agrarias de Stalin, en particular la requisita constante de grano para pagar la industrialización y ganado con el que alimentar a las ciudades. El Gobierno pronto descubrió lo que estaba ocurriendo, pero el dictador rehusó actuar de forma decisiva, ya fuera porque no creía que la situación fuese tan precaria como desprendían los informes, o porque estaba dispuesto a sacrificar campesinos ucranianos y nómadas kazajos por el bien de su socialismo.³

Este era el contexto de crisis social, económica y política en el que Stalin defendía su modelo de desarrollismo de choque. Rusia, afirmó, siempre había sido derrotada por las potencias extranjeras, debido al atraso cultural, tecnológico y militar del país. De sus palabras se deducía que la Unión Soviética era el sucesor del Imperio ruso y, por tanto, estaba sujeta a las mismas leyes geopolíticas: debía superar su atraso o perecer. El que el imperio rojo fuera el único país socialista, una isla en el mar de capitalismo, y, para aquellos que creían en las doctrinas del marxismo-leninismo, la única esperanza de un futuro mejor para la humanidad, solo contribuía a hacer más diáfana esta disyuntiva: Stalin insistía en que habría una conflagración. Marx, Engels y Lenin habían dictaminado que el capitalismo conduce a la guerra de forma ineluctable. Tal y como sermonizó en 1929 a un corresponsal extranjero apenas un mes después del crac bursátil que inauguró la Gran Depresión del mundo capitalista, no estaba claro «cuándo, dónde y con qué pretexto» empezaría la guerra. Pero que esta vendría, estaba fuera de toda duda. «Es inevitable —explicó el dictador en su visión del mundo— que el intento de las potencias más fuertes de superar la crisis económica les llevará a aplastar a sus rivales más débiles». En última instancia, esta dinámica solo podía tener un resultado: «las potencias gigantes deberán combatir entre ellas por los mercados». El orden de entreguerras, instituido con el Tratado de paz de Versalles de 1919, estaba condenado a romperse, explicó el dictador. Europa era un campo armado.⁴ La Unión Soviética debía estar preparada. Un país de campesinos con una agricultura atrasada volvería a perder, como le había ocurrido a Rusia en la Primera Guerra Mundial. Tenían la misión de transformarla en una máquina bélica industrializada capaz de ganar contiendas modernas.

Las predicciones de Stalin acerca de un conflicto inminente eran correctas. Pero ¿lo era la estrategia de respuesta que había diseñado? ¿Estaba la Unión Soviética preparada cuando estalló la contienda, primero en Asia en 1937 y luego en Europa en 1939? No hay una respuesta categórica a esta pregunta.

EL DICTADOR Y SU PAÍS

En 1931, Stalin no podía saber qué resultado darían sus medidas. Pero lo que sí sabía era adónde se dirigía. También sabía de dónde venía. La Unión Soviética había surgido de la Primera Guerra Mundial y de su violento epílogo en el este de Europa. Derrotado en la guerra, sacudido por perturbaciones políticas y sociales, el imperio zarista se había quebrado en un mosaico de nuevos Estados, la mayoría de ellos apenas capaces de restablecer la función de gobernanza más básica: monopolizar los medios de violencia. Los bolcheviques de Lenin, entre los que se contaba Stalin, estuvieron a la altura de la misión. Tenían el control del corazón de Rusia, la región de Moscú, donde instauraron el núcleo central de su nuevo Estado. Los bolcheviques demostraron ser

los más aptos para volver a ensamblar el imperio fracturado y derrotado... un hecho paradójico, dada su ideología antiimperialista. En 1920 y 1921, el Ejército Rojo reconquistó la mayor parte de los territorios zaristas. Solo Polonia, Finlandia y las tres repúblicas bálticas (Letonia, Lituania y Estonia), conservaron, por el momento, su independencia.⁵

El Estado que edificaron abarcaba buena parte del mismo territorio que el del predecesor zarista. Sin embargo, se trataba de una entidad completamente diferente: era una dictadura, pero de un nuevo tipo. Dado que los bolcheviques contaban con escasos cuadros técnicos –burócratas, doctores, ingenieros, estadísticos, mandos militares, etc.– necesitaron reclutar a buena parte de la vieja élite. Estos, por descontado, no eran de fiar, por lo que fue necesario el establecimiento de ciertos mecanismos de vigilancia. Parte de la respuesta fue la policía secreta. Sin embargo, esta situación también requería un liderazgo político de los «especialistas burgueses», como los denominaba Lenin. La respuesta a este problema se convirtió en un rasgo central de los Estados leninistas: la dualidad de las administraciones del partido y del Estado. Con el fin de vigilar el Estado, gestionado por personal especializado considerado hostil, se creó una jerarquía paralela de cargos del Partido Comunista, que supervisaría el trabajo de los tecnócratas.

Los hombres de Lenin habían logrado recomponer el imperio, pero ahora controlaban un país hambriento. La clase obrera, en cuyo nombre gobernaban estos revolucionarios marxistas, había desaparecido casi por completo en la vorágine de guerra, revolución y contiendas civiles. Lo que quedaba de la industria zarista –que en un tiempo había crecido a un ritmo superior al de ninguna otra– producía una miseria. La producción industrial neta, que en 1913 había sido de 8431 millones de rublos y que, a consecuencia del *boom* armamentista bélico, había crecido hasta los 9220 millones en 1916, hacia 1920 había colapsado, con tan solo 1718 millones de rublos. El régimen, popular en 1917-1918 por poner fin a la guerra y dar tierras a los campesinos, se enfrentaba a la agitación política: en 1920-1921 los trabajadores estaban en huelga, los campesinos se rebelaban y los marinos revolucionarios exigían el fin de la dictadura bolchevique. Lenin respondió con una doble política: los alzamientos fueron reprimidos con brutalidad desenfrenada; se hicieron concesiones económicas para reducir el descontento.⁶

El resultado de esto fue la Nueva Política Económica (NEP, 1921-1927), una solución de compromiso. Esta combinaba gobierno dictatorial, economía de Estado planificada y un emergente sector privado gobernado por las fuerzas del mercado. Este arreglo estaba sentenciado por una compleja combinación de razones. Sufría de contradicciones económicas y era impopular entre la militancia del Partido Comunista, muchos de los cuales se sentían irritados por haber derramado su sangre proletaria durante la Guerra Civil para que ahora cosechasen los beneficios los pequeñoburgueses y los avaros campesinos. La NEP también dependía de créditos extranjeros

y acceso a los mercados mundiales (en particular de grano) lo cual resultó problemático a causa del deterioro de la economía global que culminó en el crac bursátil de 1929. Además, para que la NEP funcionase a medio plazo era necesaria una gestión económica ponderada justo cuando los lugartenientes de Lenin estaban enzarzados en una violenta pugna sucesoria tras la muerte prematura del líder en 1924. Finalmente, la NEP solo permitía un crecimiento económico relativamente modesto en un momento en que el atraso soviético en relación con el mundo capitalista amenazaba con destruir al primero. Aunque a finales de la década de 1920 la NEP había llevado la mayoría de indicadores a niveles de preguerra, no dejaba de ser un retorno al mismo rendimiento económico con el que el Imperio ruso había perdido la Primera Guerra Mundial una década antes. Esta normalización se centró en bienes de consumo, no en la industria pesada con la que formar la base de una moderna economía de guerra. «Estamos cincuenta o cien años por detrás de los países avanzados –afirmó Stalin en 1931–. Debemos recuperar esa distancia en diez años. O lo hacemos, o perecemos».⁷

Así pues, Stalin fue el sepulturero de la NEP. Una vez que la enterró, se convirtió en uno de los dictadores más feroces del siglo XX, pero también en el hombre que dirigió con puño de hierro la Segunda Guerra Mundial soviética. Stalin había sido uno de los pocos plebeyos en un partido bolchevique prerrevolucionario dominado por intelectuales. Mientras Lenin se recuperaba en Suiza de sus migrañas, él había permanecido en el país y había trabajado en la clandestinidad. Antes de la revolución, Stalin había demostrado ser un político práctico y, tras la toma del poder de los bolcheviques, dio pruebas de sus capacidades con su dictadura terrorista de Tsaritsin, la ciudad que fue renombrada Stalingrado en su honor. Como comisario (ministro) de Nacionalidades, gestionó la cuestión nacional en el multiétnico imperio soviético. En 1922, Lenin le nombró secretario general del Partido Bolchevique, el cargo más poderoso de la dictadura soviética excepto el del propio Lenin. Tras la muerte de su maestro, Stalin demostró más destreza para la pugna sucesoria que sus competidores más sofisticados. Ya en el poder, en 1928, heredó un sistema económico en crisis profunda y un país que se exponía a combatir guerras contra Japón en oriente, contra Polonia o Alemania en el oeste y contra Finlandia en el norte. Sin una industria moderna, era improbable que pudiera imponerse ante semejante escenario.

LA ESTRATEGIA DE STALIN

Para hacer frente a este problema, Stalin desarrolló una estrategia basada en tres pilares. Primero, el Estado fomentaría una industrialización de choque, compraría equipamiento avanzado a los capitalistas extranjeros y emplearía especialistas foráneos para instalar dicha tecnología y formar a la fuerza de trabajo nacional. Segundo, con objeto de pagar esta inversión masiva en in-

dustria pesada, sería necesario someter al campesinado. La población agrícola, obligada a incorporarse a las granjas colectivas, perdió el control sobre su trabajo y sobre los frutos de este y quedó sometida a recolecciones arbitrarias de grano. Tercero, se formaría a una nueva élite de orígenes proletarios que debería reemplazar a los tibios intelectuales vinculados al viejo régimen.

En conjunto, estas tres ambiciosas medidas conformaron la primera revolución desde arriba de Stalin: la revolución industrial del primer plan quinquenal, la revolución agraria de la colectivización y la revolución cultural de reemplazar la vieja élite mediante la formación de su reemplazo. Las medidas edificaron los pilares básicos del Estado bélico que venció en la Segunda Guerra Mundial: una población sometida, un aparato policial en expansión, una economía centralizada, una maquinaria propagandista que trataba de impulsar al conjunto de la población hacia los objetivos del régimen y un grupo de beneficiarios: cuadros jóvenes que le debían su ascenso social al camarada Stalin y al socialismo. Junto con los comunistas de la siguiente generación, más jóvenes y sometidos a un adoctrinamiento completo, estos formaron el «núcleo» de los combatientes soviéticos de la Segunda Guerra Mundial. Unos militantes que apostaron por el sistema estalinista e hicieron suyos los objetivos del socialismo. Lejos de ser autómatas a los que se les había lavado el cerebro, eran actores creativos, empeñados en un proceso constante de autoadoctrinamiento. Se consideraban a sí mismos combatientes en una contienda global por un mundo mejor, eran disciplinados, aplicados y comprometidos con la causa... unas características que les resultaron de mucha utilidad en la inminente conflagración.⁸

Un aspecto crucial de la revolución de Stalin fue que esta preservó el rasgo central de la dualidad de los aparatos del Estado y del partido, que, en origen, había sido desarrollado para controlar un Estado gestionado por cuadros no leales al régimen. En un ejemplo de preservación de estructuras que habían sobrevivido a su justificación original, la dualidad partido-Estado siguió siendo una característica fundamental del régimen soviético. Como veremos en capítulos siguientes, hasta 1941, Stalin, desde un punto de vista técnico, no dirigió en absoluto la jerarquía estatal: solo era el secretario general del Partido Comunista y nada más que eso. Algo que cambió con posterioridad. Desde el verano de 1941, Stalin se convirtió en el jefe de ambas jerarquías, el dirigente supremo responsable de todo.

No obstante, en el momento en que Stalin leyó el discurso en el que afirmaba que Rusia había sido derrotada una y otra vez a causa de su retraso, su revolución desde arriba estaba incompleta. Sí, se habían formado nuevos cuadros, pero la mayoría de las palancas de poder del Partido Bolchevique, del aparato del Estado y la gestión económica seguían estando en manos de especialistas prerrevolucionarios o de viejos bolcheviques, leales al partido de Lenin, pero no necesariamente afectos al liderazgo de Stalin. Desde el punto de vista de este, la situación era peligrosa: en caso de guerra, las élites de

dudosa lealtad podrían incitar a una revolución, como ya habían hecho en 1917. De hecho, si entonces la revolución había sido en contra del zarismo, el capitalismo y la guerra imperialista, la siguiente sería contra el único bastión del socialismo, la única y exclusiva alternativa radical al capitalismo, el cual, según la visión marxista de Stalin, era culpable de la explotación y también de las guerras. No podían correr ese riesgo. Era necesario adoptar medidas extremas.⁹

EL GRAN TERROR

El 1 de diciembre de 1934 Stalin consiguió su pretexto para lanzar su segunda revolución desde arriba. Ese día, un desequilibrado abatió a tiros al jefe del partido en Leningrado. De inmediato, Stalin se hizo cargo de la investigación del asesinato del camarada, que aprovechó para «desenmascarar» a todo tipo de «enemigos» en las filas del partido. Algunas de las víctimas de la incipiente Gran Purga eran verdaderos opositores, pero muchos más eran leales estalinistas a los que arrancaron sus confesiones a golpes. Cada arresto desencadenaba nuevas detenciones, pues los acusados eran obligados a señalar a supuestos colaboradores. La purga se inició en los aparatos estatales y del partido, aunque pronto se extendió al Ejército Rojo, que fue defenestrado. De un total de cinco mariscales, tres no vieron el fin de la década. Entre 1936 y 1941 fueron fusilados más jefes de ejército que los que habían ostentado estos cargos al inicio del periodo: el terror fue devorando a sus sustitutos. Otros muchos cuadros especializados salvaron la vida, aunque sus carreras fueron destruidas. En los grados inferiores del escalafón el impacto fue menos espectacular y las rehabilitaciones redujeron la cifra total de víctimas a un 8 por ciento del cuerpo de oficiales en 1937 y a un 4 por ciento en 1938. Sin embargo, la purga solo se convirtió en el Gran Terror cuando afectó a todo el conjunto de la población, con las «operaciones en masa» de 1937 y 1938. En suma, en estos dos años, fueron arrestados cerca de 1,6 millones de personas, de las cuales perecieron ejecutadas la sobrecogedora cifra de 681 692. Muchas otras murieron bajo arresto, víctimas de torturas, malnutrición, agotamiento, enfermedades o accidentes, lo cual elevó la mortandad de esos dos años sangrientos hasta quizá el millón y medio.¹⁰

Para Stalin, este derramamiento de sangre constituía un elemento esencial de los preparativos bélicos. Los saboteadores, dijo en 1937 al Comité Central, estaban por todas partes, dispuestos a «hacer su trabajo de sabotaje [...] en el periodo inmediatamente precedente a la guerra, o durante la propia contienda».¹¹ Cuanto más profundizaba su policía en las redes personales del partido, más conspiraciones creían descubrir. Cuanto más sabían de las opiniones de la población, espía sin descanso por agentes de policía y miembros del partido, más aislado se sentía. El debate público acerca de la

nueva constitución, la promesa de elecciones más abiertas y el censo poblacional revelaron una hostilidad generalizada a su modelo de socialismo. Ante la amenaza inminente de Japón en oriente y una Alemania nazi en proceso de militarización en el oeste, era evidente que no sería suficiente purgar Estado, partido y ejército de enemigos ocultos. Los antiguos campesinos acomodados, los «kulaks» cuyas propiedades habían sido confiscadas y que habían combatido contra los bolcheviques durante la Guerra Civil, junto con oficiales y funcionarios del antiguo régimen, miembros de los partidos rivales socialistas y no socialistas, sacerdotes, criminales comunes, «elementos antisoviéticos», polacos, alemanes, fineses, letones, chinos, coreanos y otras nacionalidades de la diáspora; todos ellos también cayeron víctimas del terror.¹²

¿PREPARÓ EL ESTALINISMO A LA UNIÓN SOVIÉTICA PARA LA GUERRA?

Cuando Stalin detuvo el baño de sangre en noviembre de 1938, había logrado su objetivo: ya no quedaba oposición alguna ni en su imperio ni en su partido. Incluso sus más íntimos colaboradores del Politburó estaban tan aterrorizados que nadie osaba contradecirle. Fue en ese intervalo, entre 1938 y la invasión alemana del verano de 1941, cuando Stalin fue lo más parecido a un dirigente totalitario de lo que nunca llegó a ser. Y fue entonces cuando se embarcó en las aventuras de política exterior que exploraremos en el Capítulo 3: al hacer causa común con Hitler, consiguió recuperar las antiguas tierras de los Románov, que habían logrado resistir el avance del Ejército Rojo en 1918-1921. Una vez consolidado su poder interno, Stalin estaba preparado para exportar su revolución. Las decisiones de política exterior de 1939-1941, que a muchos coetáneos les resultaban como mínimo incomprensibles, cuando no escandalosas, ya no eran tomadas por un liderazgo colectivo. Estas nacían de la idiosincrasia de Stalin, a la cual ya no refrenaba un aparato independiente o un equipo dirigente fuerte. Stalin podía ahora acometer sus empresas de política exterior porque su dominio sobre la Unión Soviética y la preparación bélica del país parecían garantizados.

Mas ¿realmente lo estaba? ¿De verdad las dos revoluciones desde arriba de Stalin habían creado un Estado bélico totalitario, presto para la guerra moderna? Dar respuesta a esta pregunta requiere aclarar primero qué se entiende cuando se afirma que un país está «preparado para la guerra». Los historiadores militares diferencian entre la capacidad de combatir y hacerlo de forma continuada («efectividad militar») y de la forma menos costosa, esto es, con «eficiencia». La historia económica y cultural ensancha nuestra visión al incluir los factores económicos y culturales. Este amplio marco de fondo nos permitirá evaluar el grado de preparación de los soviéticos para la contienda cuando estalló en China en 1937, en Europa en 1939 y en el corazón de la URSS en 1941.

PREPARACIÓN MILITAR

En cierto sentido, ya sabemos la respuesta: al fin y al cabo, los soviéticos ganaron. Se impusieron a los nipones en el lago Jasán (29 de julio-11 de agosto de 1938) y en Jaljin Gol (11 de mayo-16 de septiembre 1939), derrotaron al Ejército polaco (17 de septiembre-6 de octubre de 1939), a los finlandeses (30 de noviembre de 1939-13 de marzo de 1940), a los iraníes (25-28 de agosto de 1941) y vencieron a los alemanes (22 de junio de 1941-9 de mayo de 1945) y a los japoneses (9 de agosto-2 de septiembre de 1945). Por tanto, es evidente que los soviéticos tenían «efectividad militar».

Sin embargo, no eran eficientes. La acción del lago Jasán fue una masacre de infantería soviética en la que se impusieron a base de superioridad numérica. Jaljin Gol, otra campaña limitada, fue una combinación de guerra muy moderna con los métodos, típicamente soviéticos, de amenazas y ejecuciones para motivar a la tropa, como veremos en el Capítulo 2. La operación polaca que describiremos en el Capítulo 3 costó 1475 muertos y 2383 heridos contra un adversario desbordado y ya derrotado por la maquinaria bélica nazi que le había invadido por el oeste y que además libraba una contienda civil contra insurgentes locales. En el enfrentamiento contra Finlandia pereció una cantidad sobrecogedora de soldados del Ejército Rojo, 126 875, además de acumular 264 908 heridos, congelados o enfermos. La catástrofe del primer año de la guerra germano-soviética se describe con detalle en el Capítulo 4; el Ejército iraní, que también se vio inmerso en una campaña en dos frentes (contra los soviéticos en el norte y contra los británicos en el sur) se desmoronó casi de inmediato, con lo que las bajas soviéticas apenas sumaron 15 muertos, la mayoría ahogados, y 18 heridos. Durante la guerra contra Alemania, los soviéticos siempre perdían más hombres que el enemigo, con una ratio que descendió de un catastrófico 10:1 en 1941 a 3:1 en 1943; la campaña de Manchuria del verano de 1945, emprendida contra las fuerzas relativamente débiles de un imperio en descomposición, costó 6729 muertos en China y 528 en Corea del Norte.¹³

Por tanto, en términos castrenses, los soviéticos eran efectivos sin ser particularmente eficientes. Esta caracterización también es aplicable a todos los aspectos de la participación de la Unión Soviética en la Segunda Guerra Mundial. En términos estrictamente militares, son dos los aspectos de particular importancia: la preparación tecnológica, doctrinal e institucional del Ejército Rojo para una contienda relativamente moderna y el nivel de entrenamiento marcial del conjunto de la población.

Con frecuencia, se pasa por alto esto último, pues el discurso oficial daba amplia repercusión a logros de relativa modestia. Sin embargo, cuando los alemanes atacaron y hubo que movilizar a un elevado número de civiles, los militares se enfrentaron a una gran falta de preparación. «La aplastante mayoría de los soldados carecen de entrenamiento militar moderno. No sa-

ben utilizar sus fusiles –escribió un profesor que servía con campesinos en una compañía de fusileros recién creada en octubre de 1941–. No he disparado nunca, no conozco mi arma y espero que nos den la oportunidad de prepararnos un poco, aunque sea rápido». Los soldados eran asignados a servir ametralladoras que no habían visto nunca, y aun menos utilizado antes, como recordó un veterano: «Aquí, camaradas –se les instruyó–, tenemos la ametralladora más nueva [...] son necesarias cuatro personas para operarla [...] para hacer fuego, tenéis que apretar esto, apretar esto, tirar de aquí, insertar esto y disparáis. ¿Entendido?». La tropa gritaba al unísono «¡entendido!», pero la realidad era que «nadie comprendió absolutamente nada. Y con semejante conocimiento de la ametralladora marchamos al frente, donde de inmediato empezaron a dispararnos». Incluso los oficiales, tanto en la guerra de Finlandia como después, en la Gran Guerra Patriótica, no siempre sabían leer un mapa o emplear una brújula y, en muchas ocasiones, la tropa no estaba ni alfabetizada. Los oficiales, en particular los de grados inferiores, jefes de unidades pequeñas, escasearon durante todo el conflicto.¹⁴

Estas deficiencias eran rematadas por una falta grave y continuada de material, en particular transporte motorizado, pero también armas automáticas, por no mencionar equipos de transmisiones. Las impresionantes estadísticas de producción que estudiaremos en el Capítulo 5 deben verse dentro de un contexto de bajas extremadamente elevadas y de expansión en masa del Ejército Rojo. En consecuencia, el fusil continuó siendo el arma estándar de la infantería y botas y caballos su medio de transporte básico. Así, por citar un ejemplo muy tardío, cuando los soviéticos iniciaron su asalto contra Japón, el 9 de agosto de 1945, disponían de más caballos que coches y de más soldados que armas de fuego individuales (fusiles y subfusiles).¹⁵

Esta modernización parcial del Ejército contrastaba de forma muy marcada no solo con los Ejércitos británicos y estadounidenses, completamente mecanizados, sino también con la doctrina soviética de batalla en profundidad. Este equivalente soviético de la *Blitzkrieg* preveía interacciones complejas entre armas de elevada movilidad. Dada la falta de preparación, armamentos y transporte motorizado, ¿cómo podía hacerse realidad esta visión? El mando soviético resolvió el dilema mediante la creación de un sistema doble. Por un lado, había tropas de élite, quizá un 20 por ciento del total, bien encuadradas, entrenadas, comandadas y aprovisionadas. Tenían un nivel muy elevado de cohesión y contaban con numerosos miembros del Partido Comunista y del Komsomol, así como compromiso ideológico. Solían ser más jóvenes que la infantería regular. Estas unidades de choque formaban la vanguardia móvil de las operaciones en profundidad, que, tras un primer ensayo en Jaljin Gol en 1939, hacia 1942-1943 se habían convertido en el modelo operativo estándar del Ejército Rojo. El resto de las unidades les seguía a distancia, a pie. A los infantes soviéticos les apoyaba el transporte hipomóvil, un elemento esencial de su movilidad desde el combate del lago Jasán de 1938 hasta la campaña de

Manchuria de 1945. El combate de la infantería regular era menos complejo que el de sus homólogos de élite y se basaba en una masiva preparación artillera (ejecutada por otra arma de élite del ejército) seguido de un asalto frontal de los infantes, que encajaban graves bajas.¹⁶

En definitiva, la preparación militar era dispar. También fue algo discontinua, pues la experiencia de la Guerra Civil española (1936-1939) los llevó a extraer conclusiones erróneas en torno a la guerra de blindados, las Grandes Purgas eliminaron a muchos de los oficiales más emprendedores y preparados y la campaña finlandesa suscitó una atención equivocada a la guerra de sitio. Por tanto, el Ejército Rojo estaba poco preparado para la guerra a principios de la década de 1930; había hecho grandes avances hacia 1937, pero estos habían quedado parcialmente deshechos hacia 1940. A partir de 1940, se emprendió una reorganización masiva y cierta reorientación, aunque esta estaba inconclusa en el momento de la embestida germana.¹⁷

El caso de la guerra de montaña es aplicable a todos los preparativos bélicos soviéticos: hubo una pauta de progreso durante la primera mitad de los años treinta del siglo XX, seguida de la destrucción de muchos de estos logros durante la segunda mitad de la década. Hasta 1937 se dieron importantes avances: se entrenó a un alto número de montañeros y se trazaron planes para emplearlos en caso de conflagración. Los escaladores soviéticos estaban a la altura de sus homólogos europeos; como indicó su historiador: «En 1937, la Unión Soviética contaba con más hombres que habían ascendido a cimas de más de 7000 metros que ningún otro país». Pero entonces llegó el Terror. Los militares que habían abogado por la creación de tropas especializadas de montaña perecieron, la red de campamentos alpinistas para civiles fue desmantelada y algunos de los más destacados montañeros fusilados por fascistas y terroristas. Cuando dio inicio la batalla por el Cáucaso, en 1942, los efectivos soviéticos no sabían hacer un nudo, ni esquiar, ni evitar aludes o utilizar crampones. Eran tropas regulares sin equipamiento de escalada o ni siquiera calzado adecuado, que se enfrentaron a algunas de las unidades de montaña mejor entrenadas y equipadas del mundo. Los resultados fueron predecibles.¹⁸

La guerra irregular experimentó una situación similar. Los soviéticos habían preparado guerrillas (o «partisanos», como los denominaban) en caso de ocupación extranjera. A principios de la década de 1930, el Ejército estableció escuelas especiales de partisanos, cuyos estudiantes participaban en las maniobras del ejército regular. Las fuerzas de seguridad también formaron pelotones especiales. Se prepararon depósitos de armas en las regiones susceptibles de ocupación enemiga: Ucrania, Bielorrusia o la región de Leningrado. Sin embargo, a mediados de la década, este programa partisano «impresionante, aunque limitado» quedó en entredicho. La nueva doctrina militar preveía que todo ataque debía ser rechazado en la frontera para luego pasar a la ofensiva y destruir con rapidez al enemigo en su propio territorio.

Por tanto, no habría ocupación extranjera; en consecuencia, no era necesario prepararse para la guerra de guerrillas. Así, los partidarios de preparar semejante eventualidad eran o derrotistas o, más probablemente, enemigos (¿para qué ocultaban todas esas armas?). El programa fue desmantelado y muchos de los defensores de la guerra partisana más notables, así como el cuerpo de instructores al completo, fueron arrestados y ejecutados durante el Gran Terror. Cuando llegó el momento de librar una guerra partisana, en el verano o otoño de 1941, nadie estaba preparado.¹⁹

PREPARACIÓN ECONÓMICA

Sin embargo, tal y como comprendió el propio Stalin, en la guerra industrializada de masas —el tipo de contienda que se libró entre 1914 y 1945— la eficiencia militar era una cuestión secundaria. Lo que contaba era el número: cuántos hombres, máquinas y cañones podía alinear un país y a qué ritmo podía reemplazar las pérdidas. La efectividad militar, por tanto, dependía del sistema económico.

¿Qué es lo que hace que la economía de una sociedad esté preparada para la guerra total? Primero, la economía debe ser capaz de producir y distribuir comida suficiente para alimentar al Ejército y a la fuerza de obreros industriales y, por ello, garantizar la base más elemental para el sostenimiento del esfuerzo bélico. Segundo, el sistema industrial ha de ser capaz de producir las armas necesarias para ganar la guerra. Los soviéticos lograron ambas cosas, si bien a un coste increíble, un rendimiento muy deficiente en comparación al de los Estados bélicos democráticos como Gran Bretaña o Estados Unidos durante ese mismo periodo.²⁰

Los años treinta del siglo XX fueron un ciclo de expansión masiva del gasto militar, tanto en términos de producción de armamentos y municiones como de inversión en infraestructuras. La tasa de crecimiento fue asombrosa. En 1930, la producción de defensa era el 2,6 por ciento de toda la industria; hacia 1940, el porcentaje había crecido hasta el 22,5 por ciento.²¹ Incluso en un contexto de crecimiento general de la industria, la inversión en armamento fue cuantiosa, tal y como han señalado los historiadores de la economía: «Entre 1932 y 1937 el presupuesto de defensa aumentó en un 340 %». Si los gastos de defensa de 1929/1930 sumaron 1046 millones de rublos, o cerca del 8 por ciento del presupuesto estatal, hacia 1932 estos se habían disparado a los 4034 millones de rublos, cerca del 11 por ciento del presupuesto. En los años siguientes, las cifras, tanto absolutas como relativas, se mantuvieron dentro de esta horquilla, hasta 1936, año en el que el desembolso militar se elevó hasta los 14 858 millones de rublos, el 16 por ciento del presupuesto. El siguiente cambio relevante llegó en 1939, cuando se gastaron 39 200 millones de rublos, más de una cuarta parte del presupuesto; seguido de un tercio, o 56 752 millones de rublos, durante el año siguiente. Hacia 1940, el gasto

militar consumía cerca de un tercio del presupuesto del Estado: más dinero «que todo el presupuesto estatal de 1934».²²

Así pues, la capacidad de producir armamentos creció a pasos agigantados. Cuando Stalin tomó las riendas del Estado soviético, a finales de la década de 1920, el país poseía 45 factorías e instalaciones de investigación de defensa. A finales de 1936, esa cifra había crecido hasta 183 y llegó a 218 en 1939.²³ La producción anual de aeroplanos había pasado de 869 en 1930-1931 a 3758 en 1935-1937. Las cifras equivalentes para carros de combate eran de 740 y 3139; para piezas de artillería, 1911 y 5020; para fusiles, 174 000 y 397 000. En 1936, la Fuerza Aérea Roja disponía de más aviones que la suma de Alemania y Japón. En 1937, las fuerzas armadas soviéticas habían alcanzado 1,4 millones de hombres y la Unión Soviética de Stalin se había convertido «en la primera potencia militar del mundo».²⁴ Este aumento de capacidades militares explica el notable cambio de actitud de Stalin con respecto a Japón. Si en la primera mitad de la década de 1930 había hecho todo lo posible por evitar el conflicto, en 1938 y 1939 lo encaró y combatió en el lago Jasán y en Jaljin Gol, puesto que ahora se lo podía permitir (*vid.* Capítulo 2).

Por otra parte, estas cifras impresionantes ocultaban una ineficiencia extrema. La producción industrial soviética generaba una cantidad increíble de desperdicio. La obligatoriedad de cumplir los planes provocaba, por un lado, el acopio de materiales y, por otro, la práctica del «asalto»* al final del ciclo del plan. Ambos usos generaban escasez: las fábricas acumulaban gran cantidad de material en preparación del esprint final de la fase de planificación, en *stocks* que eran invisibles para los planificadores. Estos materiales no estaban a disposición de otras fábricas y solo podían obtenerse mediante negociaciones informales que requerían tiempo, de los denominados «conseguidores» (*tolkkachi*). Este acelerón final, a su vez, producía muchos productos de pésima calidad, que tenían que ser descartados, lo cual hacía que escasearan aún más. Los lugartenientes de Stalin y todo un ejército de delegados especiales pasaron la mayor parte de la guerra tratando de solucionar el problema de la falta de material, lo cual, como no podía ser de otra manera, solo tornaba el proceso todavía más caótico e improvisado: si un cuello de botella en una parte de la economía se solucionaba con medidas improvisadas de un emisario de Moscú, el arreglo creaba escasez en otros lugares.²⁵

Es más, toda la estrategia de los años de preguerra se basó en la premisa de acumular enormes cantidades de armas, lo cual hacía inevitable que quedasen obsoletas. «En cierto sentido —escribió el autor de un estudio histórico pionero de la militarización de la Unión Soviética durante los años de entre-

* N. del T.: La práctica del «asalto» (штурмовщина, en ruso) se refiere a la producción a toda prisa, a menudo descuidada y de mala calidad, para cumplir la cuota asignada para un periodo concreto.

guerras—, la Unión Soviética se rearmó para la Segunda Guerra Mundial seis o siete años demasiado pronto. Al producir tanto armamento entre inicios y mediados de los años treinta, la Unión Soviética empezó la Gran Guerra Patriótica lastrada por decenas de miles de carros y aviones obsoletos». Por el contrario, Stalin debería haber «reducido el énfasis en la producción inmediata y centrarse en construir capacidades y en mejorar el diseño y la tecnología».²⁶ No obstante, como ha subrayado otro historiador económico, este costoso método de preparación bélica tuvo un efecto secundario positivo: «implantó [...] la experiencia de la producción en masa [...] en fábricas y equipos de trabajo antes de que estallase la guerra». Gracias al camino, en extremo ineficiente y costoso, que Stalin había tomado para preparar a la Unión Soviética para la guerra, la industria soviética «fue capaz de producir mayor cantidad de tanques y aeroplanos y en menos modelos y en series más largas que su adversario alemán».²⁷ El sistema industrial estalinista combinaba efectividad con ineficiencia.

El segundo aspecto de los preparativos económicos es la producción alimentaria. La cuestión del rendimiento de la economía es aún más compleja. Con la colectivización, como Stalin había explicado al Comité Central en julio de 1928, se pretendía establecer una reserva de grano para medio año de combates hasta que «el campesino» entrase en razón y empezase a defender a su país.²⁸ Este objetivo no fue cumplido. Hacia 1940, la producción de grano *per capita* todavía no había recuperado los niveles anteriores a la Primera Guerra Mundial. De hecho, en vísperas del ataque germano del verano de 1941, el régimen tan solo disponía de reservas de grano, cereales y harina para un mes. Como ha observado un historiador: «Simple y llanamente, la agricultura colectivizada no proporcionó al Estado grandes reservas de grano. —En 1941—, la Unión Soviética se encontró en una posición precaria extrema en relación con el suministro de alimentos».²⁹ El país sobrevivió porque el régimen, como veremos en el Capítulo 4, se centró en alimentar a la fuerza de trabajo urbana y al Ejército.

Nos encontramos, de nuevo, ante efectividad combinada con ineficiencia: dejar morir a los civiles para alimentar al Ejército no es una forma muy eficaz de dirigir una contienda. Pero, a pesar de ello, podía resultar efectiva, como deja claro este descarnado análisis:

Quando estalló la guerra, las políticas de colectivización y rearme dieron sus frutos [...] en el suministro de alimentos, el paso más importante había sido convertir al campesino en un consumidor residual de alimentos [...] en consecuencia, no hubo hambrunas urbanas, con excepción de Leningrado [...] en otros lugares no pudo evitarse el hambre generalizada, pero se logró proteger el suministro al ejército, la industria de defensa y a la población urbana. El resultado fue el contrario a la experiencia de la Primera

Guerra Mundial [...] precisamente el resultado que se buscaba con la colectivización.³⁰

Es posible que a los lectores este análisis les parezca inhumano. Aunque así era, exactamente, como pensaban Stalin y su equipo dirigente: el fin siempre justificaba los medios; los campesinos eran prescindibles. Y la contienda contra Alemania no era una lucha a vida y muerte solo en la mente de los estalinistas. También lo era en la realidad.

PREPARACIÓN CULTURAL

En la guerra total, las prácticas militares y administrativas están entrelazadas. La economía, el Ejército y la administración no eran entidades abstractas o máquinas que funcionasen solas; estaban compuestas por personas conectadas entre sí mediante relaciones más o menos estables. Y a estas personas y relaciones las orientaban normas, ideas, símbolos y creencias. Por tanto, una parte de la preparación de una sociedad para la guerra total también ha de ser cultural. Esta incluía tanto la lealtad al régimen vigente como el conocimiento de cómo actuar ante las circunstancias bélicas.

En el momento en que Stalin pronunció el discurso que da inicio al presente capítulo, su régimen experimentaba graves problemas de lealtad. La colectivización y deskulakización, el ataque contra el modo de vida de los campesinos por parte de los urbanitas impíos, habían alienado profundamente a la mayoría de la población.³¹ La gran mayoría de los campesinos odiaban al régimen, querían ver muerto a Stalin y desmanteladas las granjas colectivas.³² Esta hostilidad de la mayoría rural se mantuvo inamovible durante los años de Stalin en el poder, pero, a principios de la década de 1930 este se enfrentaba a problemas adicionales. La clase obrera, en cuyo nombre gobernaba el régimen, también se mostraba rebelde. Solo en la región industrial de Ivánovo, 16 000 obreros fueron a la huelga en 1931.³³ Aún más inquietante era la creciente oposición en el seno del Partido Comunista a su liderazgo y a las políticas de industrialización acelerada y colectivización forzosa, expresada en la célebre «plataforma Riutin» de marzo de 1932, que comparaba al gran líder con una pila de excrementos.³⁴

La reacción de Stalin a esta hostilidad generalizada se basó en cuatro medidas: primera, el alivio de la carga económica al redirigir algunos recursos de la industria pesada a los bienes de consumo, con lo que inauguró los «tres años buenos» de 1934-1936, durante los cuales el consumo civil se recuperó un poco y la vida se hizo, según la célebre frase de Stalin de 1935, «más dichosa». Segunda, hizo todo lo posible por evitar una guerra; para apaciguar a Japón, en 1935 le vendió el ferrocarril de Manchuria al Estado títere de Manchukuo. Tercero, reforzó la represión, que empezó por la limpieza de indeseables de las ciudades en 1933 y la purga del Partido Comunista de críticos,

reales o supuestos, a partir de ese mismo año, hasta culminar en el Gran Terror de 1937-1938. Por último, modificó las tácticas propagandísticas, dado que estaba claro que la agitación a favor del «socialismo» no era suficiente para garantizar la lealtad de la mayoría de la población, al menos no mientras el régimen de austeridad bélica se viera obligado a proyectar la consecución de los logros materiales del socialismo a un futuro indefinido. Durante los años 1932-1936, los propagandistas de Stalin desarrollaron una línea más popular, que combinaba el foco en los héroes militares, en la producción y en el partido, con el fomento del amor por la patria socialista. Según los estudios recientes de opinión popular, este cambio tuvo cierto éxito. Cada vez más y más soviéticos, en particular los de las generaciones más jóvenes, empezaron a creer que era razonable sacrificarse para defender la nación de los enemigos que la rodeaban por todos lados. La relajación económica de los «tres años buenos» también contribuyó a apaciguar la hostilidad popular.³⁵

Si en 1931 había serias dudas de la lealtad de la ciudadanía soviética, en julio de 1937 las cosas podrían haber ido algo mejor, de no haber sido por el Gran Terror. La coincidencia del estallido de la guerra en Asia y el inicio de las matanzas en masa (por cuotas) de supuestos «elementos antisoviéticos» (orden n.º 00447 de 30 de julio de 1937) tuvo sobre la lealtad el mismo efecto que la sangrienta purga del Ejército para la preparación militar: en lugar de incrementarla, causó el efecto contrario. Esta purga afectó, de un modo u otro, no solo a soviéticos ordinarios, sino que pereció todo un panteón de héroes, lo cual desestabilizó la útil línea ideológica de culto al héroe y patriotismo soviético.

Por tanto, en septiembre de 1939, la Unión Soviética estaba peor preparada para esta contienda que en 1937. Y en 1941 las lealtades estaban lo bastante divididas como para que una minoría sustancial recibiera a los alemanes como libertadores, mientras la mayoría esperaba a ver qué ocurría. Solo una minoría defendió la bandera roja. Incluso el renovado esfuerzo movilizador de la Gran Guerra Patriótica fue un fracaso en lo concerniente a la lealtad. «Lo que salvó a Stalin —concluye el estudio más detallado de la propaganda bélica soviética—, no fue su propaganda, sino la realidad: el régimen de Hitler no ofrecía una alternativa plausible al de Stalin».³⁶

CONOCIMIENTO PRÁCTICO

La preparación cultural para la guerra también incluía saber qué hacer y cómo vivir en tiempos de guerra. Este conocimiento práctico estaba generalizado. En relación con su experiencia en enfrentamientos previos, Stalin y su séquito no eran diferentes a la sociedad que querían movilizar. Si consideramos que los niños tienen memoria desde los 4 años de edad, todos los nacidos en o antes de 1910 tenían, al menos, algún recuerdo de toda la Primera Guerra Mundial, los nacidos en o después de 1912 de la Revolución

y de las contiendas civiles subsiguientes y los nacidos en o después de 1916 de esta conflagración de violencia. Es decir, una parte sustancial de la población tenía experiencia bélica directa: en 1939, por ejemplo, el 22 por ciento de los habitantes de la República rusa tenía más de 29 años, esto es, el grupo con recuerdos vitales durante los años de crisis posteriores a 1914. Es más, la vida en los años treinta del siglo XX se parecía en muchos aspectos a una situación bélica: racionamiento, escasez, censura, propaganda, control policial y restricciones generalizadas a la libertad de movimiento.³⁷

Así pues, los civiles sabían qué hacer en caso de guerra: acumular alimentos, estar preparados para huir o ser evacuados (deportados), saltarse las restricciones si fuera necesario, hallar fuentes alternativas de información, cuidar de familia y amigos, pues solo ellos podrán asegurar su supervivencia, y así sucesivamente. Los funcionarios del Estado también tenían mucha experiencia en la gestión de crisis. Precisamente fue esta experiencia —que algunos obtuvieron en la Guerra Civil y otros en las crisis internas de la década de 1930— lo que preparó bien a estos hombres para afrontar el caos bélico.

La administración durante la guerra era una variante extrema del método habitual de funcionamiento de la economía dirigida estalinista en época de paz. En este sistema, los funcionarios subalternos operaban con más autonomía de lo que se suele creer. Eran lo que un historiador ha calificado de «subcontratas forzosas»: actores económicos de relativa independencia pero que vivían bajo la amenaza de consecuencias severas, letales incluso, si no rendían.³⁸ Los historiadores suelen destacar la centralización extrema del Estado bélico soviético, aunque este foco en las estructuras formales es, en cierto modo, engañoso. Como veremos en el Capítulo 5, en la práctica, la guerra se gestionaba de forma improvisada por mandatarios todopoderosos delegados por Stalin para solucionar problemas. Unos plenipotenciarios que tenían una considerable capacidad de decisión, siempre y cuando lograsen que se hiciera el trabajo.

PREPARADOS ¿O NO?

Así pues, ¿logró Stalin lo que se había propuesto en 1931? Esto es, ¿consiguió cerrar la brecha económica que le separaba de los países capitalistas, construir un Estado bélico capaz de resistir la acometida de la moderna e industrializada guerra de masas? En 1945, a muchos, dictador incluido, les pareció que sí. En los años treinta del siglo XX los soviéticos habían construido, más o menos desde cero, una poderosa maquinaria bélica; acumularon cantidades inmensas de armas y máquinas; entrenaron civiles para la inminente conflagración y formaron el mayor ejército terrestre del mundo. Entre 1937 y 1945 vencieron en todos los enfrentamientos militares en los que participaron, con independencia de la pobre actuación contra Finlandia o la catástrofe de la segunda mitad de 1941.

La primera revolución desde arriba de Stalin, la de 1928-1932, había edificado un enorme Estado militar en el que todo y todos estaban orientados a los preparativos bélicos. La colectivización forzosa y la industrialización acelerada centrada en la industria pesada no habían creado abundancia, ni cohesión social, ni lealtad generalizada o una economía planificada que funcionase. Sin embargo, había dado poder al Estado sobre las principales palancas de control de la vida económica, la capacidad de confiscar la mayor parte de la producción agrícola para distribuirla según le conviniera y la capacidad de producir en masa equipos militares estandarizados y en cantidades prodigiosas. El enorme aparato policial suprimía toda oposición y un departamento propagandístico no menos grande martilleaba a la población con sus mensajes. Este Estado bélico no era particularmente eficiente. Pero era efectivo: podía movilizar para la guerra y cumplir su misión, aunque fuera a un coste increíble.³⁹

Al mismo tiempo, algunos de estos preparativos bélicos estalinistas resultaron contraproducentes. El sometimiento del campesinado mediante la colectivización y la expropiación de los granjeros acomodados en 1929-1932, así como la hambruna subsiguiente de 1932-1933, habían creado un enorme grupo de ciudadanos de segunda, muy descontentos y que no era nada probable que arriesgaran la vida por el régimen. Incluso los obreros industriales, en cuyo nombre gobernaba Stalin, no estaban nada satisfechos con su situación. Aún más desastrosa fue la segunda revolución desde arriba de Stalin: el Gran Terror de 1937-1938 tenía como objetivo eliminar cualquier posible oposición que pudiera desafiar al régimen durante la próxima contienda. En lugar de ello, creó el caos productivo, ya que gestores e ingenieros desaparecieron en celdas y campos de trabajo, socavó gravemente la capacidad del cuerpo de oficiales de dirigir al Ejército Rojo y sembró la confusión incluso en la esfera ideológica, pues hubo que reemplazar a todo un panteón de héroes. En consecuencia, la Unión Soviética estaba mejor preparada para la guerra a primeros de 1937 que en 1940.⁴⁰

Es más, los enemigos a los que se enfrentaba el país de Stalin eran, en comparación, relativamente menores. La guerra de 1938-1939 contra Japón fue librada por una subsección del grupo de ejércitos que guardaba Manchuria (el Ejército de Kwantung), no por el conjunto de las fuerzas terrestres niponas, que estaban ocupadas en China. Polonia ya estaba derrotada cuando los soviéticos la invadieron el 17 de septiembre de 1939 y el hecho de que la diminuta Finlandia plantease obstáculos es algo en todo punto remarcable. Incluso Alemania era un país relativamente pobre en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, a pesar de sus notables ingenieros, su disciplinada fuerza laboral y su ejército, bien entrenado y profesional. Si bien el alemán medio era más rico que el soviético medio, esto no era así para el tamaño de las respectivas economías: aquí, la Unión Soviética tenía una ligera ventaja sobre su enemigo. ¿Qué habría ocurrido si los soviéticos hubieran tenido que combatir de verdad contra el «cerco capitalista» al que afirmaban enfrentarse?

Por fortuna para Stalin, sus ideas acerca de «los imperialistas» y los «capitalistas» eran erróneas, pues el centro del capitalismo mundial –Estados Unidos de América, con un PIB de más del doble que el de la Unión Soviética– no atacó al «primer país socialista». Y, cuando llegó esta confrontación en 1945, Stalin contaba con el prestigio de la victoria y pronto dispuso de la bomba atómica. Esta conflagración habría de ser fría, librada a base de amenazas e intimidación mutua.⁴¹

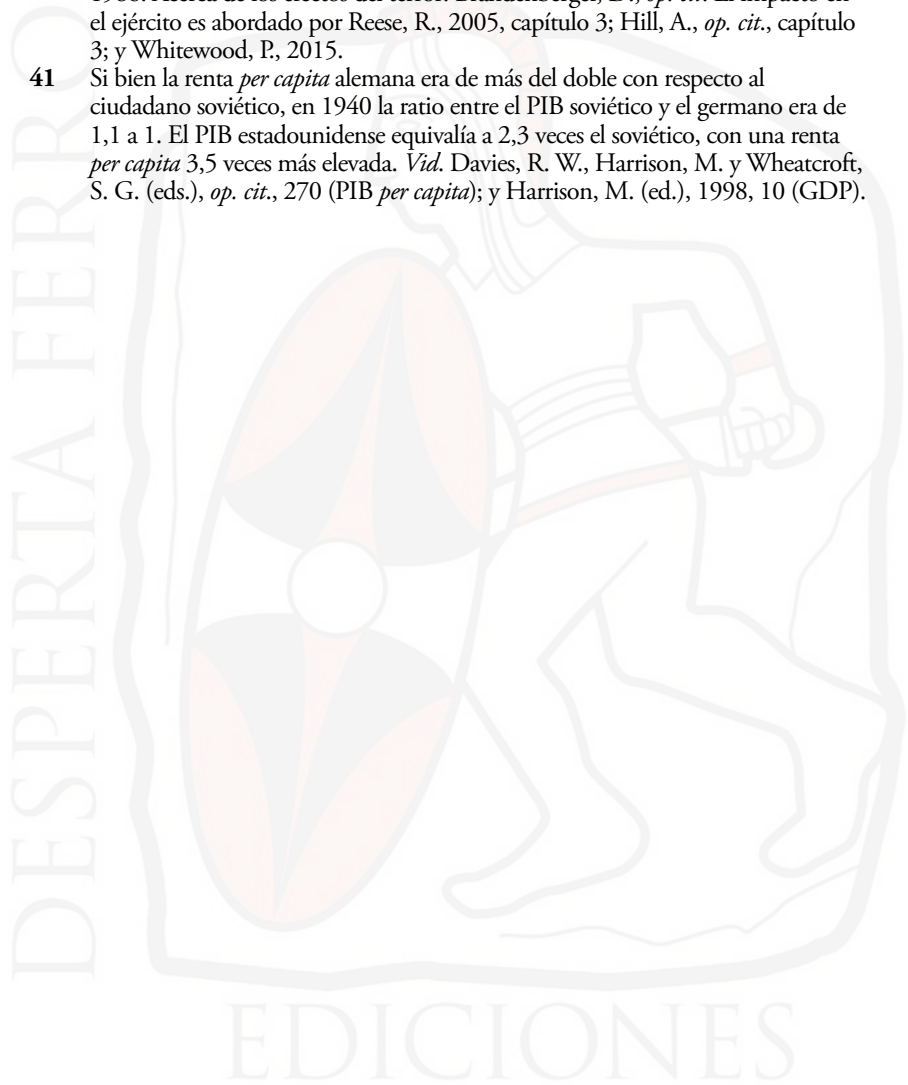
En conclusión, estamos ante una paradoja: la maquinaria bélica soviética era efectiva aunque no eficiente. Cuando estalló la guerra total, los soviéticos no estaban preparados. Pero estaban acostumbrados a no estar preparados: la experiencia de la década de 1930 había fomentado una cultura de improvisación que familiarizó a dirigentes y ciudadanos ordinarios con la inventiva necesaria en épocas de guerra. Los soviéticos iban a necesitar hasta la última de estas enseñanzas en la segunda gran conflagración bélica.

NOTAS

- 1 Stalin, I. V., 1952, 31-44, en particular págs. 40-41.
- 2 Acerca de las cifras de crecimiento, *vid.* las tablas publicadas en Davies, R. W., Harrison, M. y Wheatcroft, S. G. (eds.), 1994, 282, 292. Acerca de la vida en las ciudades, *vid.* Fitzpatrick, Sh., 1999; acerca de la opinión popular: Davies, S., 1997. Para las cifras en torno al declive económico: *vid.* Davies, R. W., Harrison, M., Khlevniuk, O. y Wheatcroft, S. G., 2018, 120-121.
- 3 Acerca del debate en torno a la gran hambruna de 1932-1933, *vid.* Edele, M., 2020b, capítulo 9.
- 4 Duranty, W., 1949, 57.
- 5 Gerwarth, R., 2016; Engelstein, L., 2018.
- 6 Davies, R. W., Harrison, M. y Wheatcroft, S. G. (eds.), *op. cit.*, 321; Smith, S. A., 2017.
- 7 Fitzpatrick, Sh., Rabinowitch, A. y Stites, R. (eds.), 1991; Sanchez-Sibony, O., 2014.
- 8 Tucker, R. C., 1977, 77-108; Fitzpatrick, Sh., 1979, 377-402; Fitzpatrick, Sh., 1979b; Fitzpatrick, Sh. (ed.), 1984; Hellbeck, J., 2006; Reese, R., 2011, 312.
- 9 Acerca del pensamiento de Stalin, *vid.* Ree, E. van, 2002.
- 10 Leno, M. E., 2010; Hill, A., 2017, 60-61; Reese, R., 2005, 121. Los reportes estadísticos de la represión en 1921-1953 fueron preparados por el Ministerio del Interior en 1953 y reproducidos en Kokuriny, A. I y Petrov, N. V. (eds.), 2000, 433; y Wheatcroft, S. G. y Davies, R. W., 1994, 57-80, en particular pág. 76. Mark Junge y Rolf Binner subrayan que las operaciones en masa fueron lo único que hizo «grande» al terror; *vid.* Junge, M. y Binner, R., 2001, 557-613. La historia del terror más reciente es la de Harris, J. R., 2016.
- 11 «Materialy fevral'sko-martovskogo plenuma TsK VKP(b) 1937 goda» [Materiales del pleno de febrero-marzo del Comité Central del PCUS (en) 1937], *Voprosy istorii* [Cuestiones de historia], n.º 3, 1995, 3-15, en particular pág. 12.

- 12 Khlevniuk, O. V., 1995; Khlevniuk, O. V., 2000, 159-169; Edele, M., 2011, 112-118; acerca del aspecto nacional: Martin, T., 1998, 813-861.
- 13 Las cifras proceden de Krivosheev, G. F., 2001, 213, 595; Hasanli, J., 2006, 3; Edele, M., 2013, vol. 1, 169-185, en particular pág. 174; Krivosheev, G. F., 1997, 227.
- 14 Mel'tiukhov, M. I., 2005-2006, 142-151, en particular pág. 143; Elena Siniavskaia, entrevista a Danil Fedorovich Zlatkin (13 de julio de 2006) [<https://iremember.ru/memoirs/pekhotintsi/zlatkin-daniil-fedorovich/>]. Acerca de la falta de oficiales: Glantz, D. M., 2005, 466-469. Acerca de la falta de entrenamiento: Reese, R., 1996, capítulo 4 y para la incapacidad de leer mapas o utilizar una brújula: 140, 149, 157. Acerca de la preparación militar general: Bernstein, S., 2017, en especial el capítulo 7.
- 15 Reporte del 1.º Frente del Lejano Oriente (9 de agosto de 1945), reproducido en *Russkii arkhiv/Velikaiia Otechestvennaia* [Archivo ruso/Gran Guerra Patriótica], 1997, vols. 18-17, n.º 1, 340 [a partir de ahora: RA/VO].
- 16 Erickson, J., 1997, 233-248. Edele, M., 2013, vol. 1, 172-173. Acerca de la vida en la infantería, *vid.* Temkin, G., 1998. Acerca del uso de la artillería, *véase también* Glantz, D. M. y House, J. M., 1995, 100-101; y Glantz, D. M., *op. cit.*, 117-120.
- 17 Reese, R., 1996; Reese, R., 2005, 134-157. Acerca del impacto de las grandes purgas en las fuerzas armadas, *véase también* Hill, A., *op. cit.*, 52-76.
- 18 Statiev, A., 2018, cita pág. 39.
- 19 Slepian, K., 2006, 17-21, cita pág. 20.
- 20 Sparrow, J. T., 2011; Edgerton, D., 2011. Gran Bretaña, por supuesto, contaba con el lujo de un imperio que explotar en beneficio de la metrópoli: Mukerjee, M., 2010.
- 21 Davies, R. W., Harrison, M. y Wheatcroft, S. G. (eds.), *op. cit.*, 300.
- 22 Harrison, M. y Davies, R. W., 1997, 369-406, en particular págs. 382, 372 (figura 1), 371.
- 23 *Ibid.*, 377.
- 24 Manning, R., 1993, 116-41, en particular págs. 132, 133 (cita); 134 (tabla comparativa de efectivos militares internacionales).
- 25 Edele, M., 2011, capítulo 8.
- 26 Stone, D. R., 2000, 216.
- 27 Harrison, M., 2010, 26.
- 28 Danilov, V. D. *et al.* (eds.), 1999, vol. 1, 327.
- 29 Ganson, N., 2010, 70, 88 (cita).
- 30 Harrison, M., 2010, 23-24.
- 31 Graziosi, A., 1996.
- 32 Fitzpatrick, Sh., 1994, 288.
- 33 Rossman, J. J., 2005, 151.
- 34 Edele, M., 2011, 140.
- 35 Brandenberger, D., 2011. La cita de Stalin está extraída de su discurso en la primera conferencia de estajanovistas de toda la Unión, 17 de noviembre de 1935, en Stalin, I. V., 1943, 546-560, en particular pág. 552. El término «tres años buenos» es de Naum Jasny. *Vid.* su obra clásica Jasny, N., 1961, capítulos 6 y 7.
- 36 Berkhoff, K. C., 2012, 277. Para más reacciones populares y cambios en el apoyo popular, *vid.* los capítulos 4, 7 y ss.
- 37 *Vsesoiuznaia perepis' naseleniia 1939 goda. Osnovnye itogi. Rossii* [Censo de población de toda la Unión de 1939. Resultados principales. Rusia], 1999, 31, tabla 2.

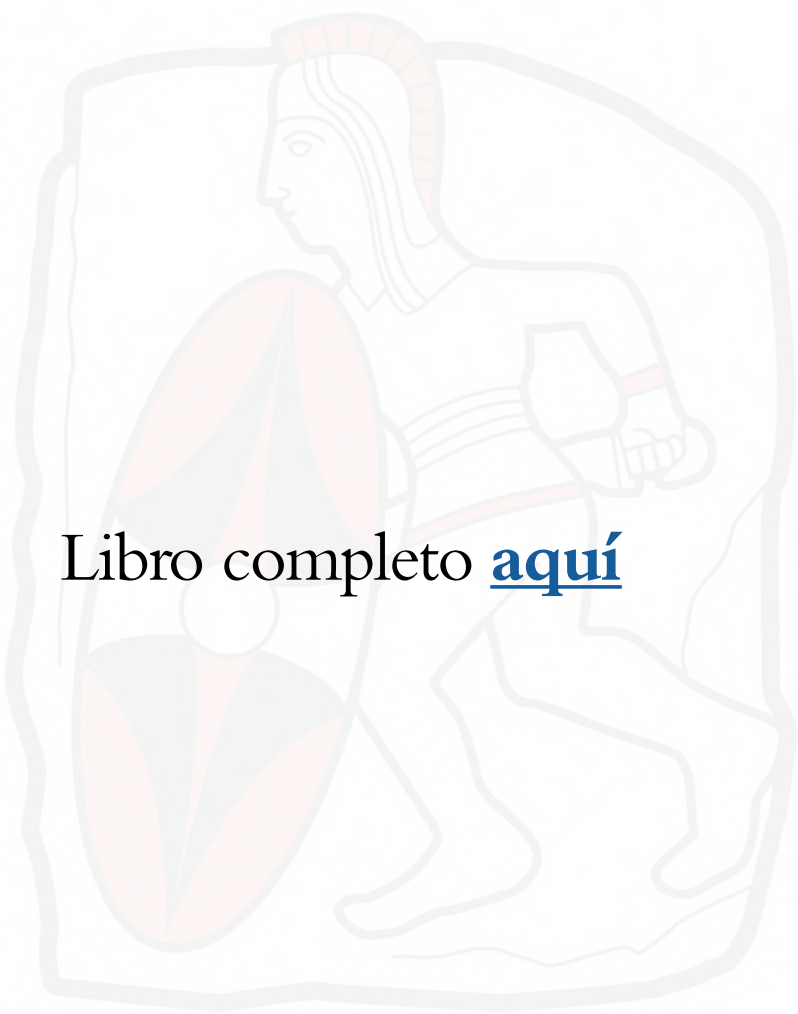
- 38 Hachten, P. Ch., 2005, 50.
- 39 Acerca de la vigilancia policial: Hagenloh, P., 2009; Shearer, D. R., 2009. Acerca del Estado propagandista: Kenez, P., 1985. El concepto de que el Ejército Rojo era efectivo pero ineficiente es un elemento central del trabajo de Reese, R., 2011.
- 40 Acerca de los campesinos: Viola, L. (ed.), 2005. Acerca de los obreros: Filtzer, D., 1986. Acerca de los efectos del terror: Brandenberger, D., *op. cit.* El impacto en el ejército es abordado por Reese, R., 2005, capítulo 3; Hill, A., *op. cit.*, capítulo 3; y Whitewood, P., 2015.
- 41 Si bien la renta *per capita* alemana era de más del doble con respecto al ciudadano soviético, en 1940 la ratio entre el PIB soviético y el germano era de 1,1 a 1. El PIB estadounidense equivalía a 2,3 veces el soviético, con una renta *per capita* 3,5 veces más elevada. *Vid.* Davies, R. W., Harrison, M. y Wheatcroft, S. G. (eds.), *op. cit.*, 270 (PIB *per capita*); y Harrison, M. (ed.), 1998, 10 (GDP).



DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



«La percepción de la realidad de Putin está modelada de forma inequívoca por las lecciones de la Segunda Guerra Mundial».

Mark Edele

Del estallido de las hostilidades con Japón en Manchuria a la Guerra de Invierno con Finlandia, de los albores de la Segunda Guerra Mundial en el este de Europa a la devastación de la invasión alemana, del inexorable avance hasta las mismísimas ruinas de Berlín a la sangrienta contrainsurgencia en las fronteras de Ucrania, Bielorrusia y los países bálticos, la experiencia bélica de la Unión Soviética de Stalin fue mucho más larga, extensa y compleja de lo que tradicionalmente se ha considerado.

A partir de las dramáticas experiencias tanto de ciudadanos corrientes como de aquellos que tuvieron un devenir extraordinario en el conflicto –rusos y coreanos, ucranianos y judíos, lituanos y georgianos, hombres y mujeres, leales estalinistas y críticos del régimen...– el aclamado soviólogo Mark Edele nos revela cómo, a pesar de los estragos desatados por las purgas del Gran Terror, el implacable régimen estalinista fue capaz de construir una maquinaria militar tremendamente ineficiente, como atestiguan los millones de bajas sufridas y las toneladas de material militar perdidas, pero, sin embargo, sumamente eficaz: entre 1937 y 1949, el Ejército Rojo emergió victorioso de todos y cada uno de los enfrentamientos en los que se vio sumido y posibilitó la victoria aliada en la Segunda Guerra Mundial.

Edele nos presenta una narración que entreteje un fascinante retrato social y cultural con el fragor de la alta política, la trayectoria militar y las transformaciones económicas de los años de la guerra. El resultado es una documentada, atractiva e inteligente crónica de la Unión Soviética en tiempos de Stalin.

ISBN: 978-84-124830-2-4



P.V.P.: 24,95 €

**SEGUNDA
GUERRA
MUNDIAL**